

Ilustracion Artística



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

Año XIV

BARCELONA 25 DE FEBRERO DE 1895

Núm. 687



MONUMENTO FUNERARIO, escultura de Federico Kuhn

ADVERTENCIA

Con el número 689 de "La Ilustración Artística," correspondiente al día 11 del próximo mes de marzo, repartiremos á nuestros abonados el tomo II de la notable obra AMÉRICA.—HISTORIA DE SU COLONIZACIÓN, DOMINACIÓN E INDEPENDENCIA, escrita por D. José Coroleu.

Como los señores suscriptores que lo son desde principio de este año no poseen el tomo primero de tan notable obra, publicado el año pasado, les invitamos á que lo adquieran, para no tenerla truncada, por el precio de CINCO pesetas, ÚNICO PARA LOS SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL.

En el caso de que á algún suscriptor no le conviniese su adquisición, podrá elegir, en sustitución del expresado tomo segundo de la "Historia de América," entre cualquiera de las siguientes obras:

LOS ECOS DE LAS MONTAÑAS, escrita por don José Zorrilla y profusamente ilustrada por Gustavo Doré, LOS MISTERIOS DEL MAR, ó LA GUERRA FRANCO-ALEMANA (1870-1871), escrita por el mariscal conde de Moltke, con preciosos grabados intercalados en el texto.

LOS EDITORES

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Semblanza. Casto Plasencia*, por R. Balsa de la Vega. — *Atracción funesta*, traducción del inglés por E. L. Verneuil. — *Algunos sellos raros.* — *Crónica parisiense*, por Juan B. Enseñat. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *La Cabellera de Magdalena* (continuación), novela original de Juan Rameau, con ilustraciones de Marchetti. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Investigaciones prehistóricas en Galicia*, por Federico Maciñeira y Pardo, cronista de Ortigueira. — *Tranvía aéreo en Gibraltar.*

Grabados. — *Monumento funerario*, escultura de Federico Kuhn. — *Casto Plasencia.* — Facsímiles de algunos sellos raros. — *Entierro del mariscal Canrobert* (dos grabados). — *Llegada de Enrique Rochefort á París* (un grabado), tres dibujos de S. Azpiazu. — *Ito Yuku*, vicealmirante japonés. — *Tsuboi*, contraalmirante japonés. — *Tiziano y su hija*, cuadro de Ernesto Klimt. — Figs. 1, 2 y 3. Cromlech de Puentes de García Rodríguez, hacha de piedra del período neolítico y cairn ó gals-gas. — *Tranvía aéreo en Gibraltar.* — *Los japoneses transportando un cañón del fuerte chino de Ta-lien-Wang, después de la toma de Port-Arthur.*

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Don Quijote de la Mancha en comedia de magia. — Fábricas de dramas por Sardou, que son fábricas de moneda. — Artículos últimos de Pérez Galdós y Echegaray. — Conferencias del emperador Guillermo II. — Peligros de estas conferencias para los soberanos. — El asunto de la guerra chino-japonesa. — Jugar con fuego. — Conclusión.

I

¿Quién le ha mandado á Sardou arañar en el bronce componente del coloso que un día escribiera *Don Quijote de la Mancha*, un día creador como ninguno? Reduciendo á comedia de magia y aparato el más excelso libro de todas las letras humanas, aquel en cuyas páginas aparece lo ideal, que está en los espíritus, y la realidad, que está en la vida, contradiciéndose y sin embargo completándose, Sardou perpetra enorme y criminal profanación. Yo nunca perdonaré á los temerarios, perpetradores de un atrevimiento tal como el de poner aleve mano en las obras capitales del ingenio, aunque sea para corregirlas de una falta ó añadirles una perfección. Recuérdanme todos estos irreverentes aquel pintor aleve, llegado á la posteridad con el mote de *Braguettone*, por haber cubierto á ojos pudibundos é hipócratas las desnudeces naturales de los condenados en el Juicio final de la Sixtina, donde compitió Buonarrotti con Dante mismo en arranques sublimes y en visiones apocalípticas. Dificilmente se puede perdonar á Gounod que haya puesto el *Fausto* en música, difícilmente á Thomas que haya puesto en música el *Hámlet*, pues para trasladar estas figuras ideales de un arte á otro se necesita poseer un genio como el genio de Mozart, cuyo D. Juan en la ópera tiene todo el grandeur que en la leyenda y en el drama; pero nadie le perdonará jamás al dramaturgo francés haber convertido lectura tal como la que guarda el *Quijote* á todos los entendimientos, desde los más vulgares á los más filosóficos, en juguete de niños y nodrizas. ¡Malandrín quien fuese osado á convertir la Escuela de Atenas ó la Disputa del Sacramento, milagros de Rafael, en cuadros vivos para los teatruelos de feria! Sardou levanta un drama de su cacumen como quien levanta una fábrica de moneda. Y echa en los hornos de fundir las estatuas encontradas al paso en la historia, importándole poco acabar con sus formas, si aprovecha sus metales. No conozco industria comparable á

la suya en esto de montar una obra literaria que dé muchas entradas al teatro y por ende muchos luses á la taquilla. Pero al coger *Don Quijote* para fundirlo, se le ha echado encima el titán y le ha roto la cabeza. El jurado público lo condena sin apelación. La censura en los diarios y el disgusto en los críticos parecen universales. Que sirva este castigo en lo futuro á su corrección y á su enmienda.

II

No tienen dos admiradores y dos amigos cual yo en este mundo, ni Pérez Galdós, ni Echegaray. Créolos gloria y ornato de nuestra patria, placiéndome así la bondad nativa como la inspiración inagotable, proclamadas por todos en sus sendas complejiones y en sus fértiles ingenios. Pero no creo que haya debido el uno defender por modo directo y el otro comentar por modo indirecto sus obras, como han hecho en dos justamente celebrados artículos. Quien tiene mucho espíritu creador tiene poco espíritu crítico. La crítica está en el poeta como una virtud oculta, que sólo sirve de suyo á la producción y sólo se manifiesta por obras, no por reflexiones. Homero nunca hubiera podido escribir los libros trazados por sus comentadores. Zorrilla se indignaba con verdadera exaltación al favor logrado por su *Tenorio*. Pon lo tuyo en consejo, y unos dirán que es blanco y otros dirán que es negro. Precisa obedecer á esta ley, sin forcejear bajo ella inútilmente. Yo he defendido la doctrina de mis discursos contra sus impugnadores; la hechura de mis discursos no la he defendido jamás. Es el arte la elocuencia donde caben menos los artificios del cultivo y los agentes del estudio. No se habla como se quiere, sino como se puede. Si yo hubiera podido, hablara mejor de lo que he hablado; hacedme tal justicia. Mas declaro, en el término de mi vida y de mi obra, no haber jamás escuchado lección de maestro, ni leído regla de retórica, ni declamado á solas un párrafo mío, escrito en la memoria siempre hasta el instante de recitarlo con las espontaneidades naturales á la súbita improvisación; y no haber dado á nadie ni advertencia, ni consejo, ni menos lecciones sobre las artes del bien hablar en público. Hay tres cosas las cuales únicamente admiten esta sanción, la victoria, y son á saber: el teatro, la elocuencia, la guerra. ¿Triunfasteis del enemigo en una campaña? Pues no me digáis con qué táctica. ¿Llevasteis mucho público por grande número de veces al teatro? Pues no me digáis con qué drama. ¿Tuvisteis, orando, suspenso al auditorio de vuestros labios? Pues no me digáis con qué discurso. Venced, é impórtelos poco que luego la prensa y la crítica se emperren á una en llamar derrotas vuestras victorias. Galdós y Echegaray vencen por las obras; no por los comentarios. A producir. ¡Ay de los no combatidos!

III

Continúan las conferencias del emperador Guillermo. Recitó hace días una sobre marina y ha recitado ahora la segunda sobre la combinación de las fuerzas marítimas y las fuerzas terrestres en la guerra entre los japoneses y los chinos. Asistieron á la primera gentes de mar distinguidas, y han asistido á la segunda gentes no menos distinguidas del ejército. Pero calláramos la verdad si no dijésemos como todo el mundo extraña esta derogación al silencio litúrgico que parece debería reinar por su alta suprema dignidad en todos los soberanos. Entre nosotros los españoles inauguró esta costumbre de hablar los reyes en público el malogrado Alfonso XII. Y confesemos que no le salió bien el ensayo, pues á las palabras del rey nos asamos las oposiciones para procurarle todo género de disgustos al partido conservador y acibarar los goces de su gobierno. Un auditorio escucha siempre con recelo á los oradores y expresa las emociones que inspiran éstos á sus almas con una inevitable sinceridad, exponiéndose así todos cuantos hablan en público á desagradar y á desagradarse. En el castellano clásico sólo tenían prestigio los prestigios que al pueblo emboban, embaucándolo con sus trampas; mas en el castellano moderno se llama prestigio al poder moral que de imponerse virtualmente y dominar tienen las personas constituidas por sus posiciones ó por sus talentos en altas autoridades públicas. Y no está mal que se haya tomado semejante vocablo, significativo de ilusión sugerida, porque trae aparejado al prestigio de los ascendidos á puestos altos en sociedad algo de sortilegio, muy quebradizo, y por tanto muy fácil de romperse al menor contratiempo. Luego un soberano parece que había de ser el primero en todo; por lo cual muchos de los césares antiguos no consentían que se les pusiesen delante ni siquiera los dioses mismos. De aquí partió la demencia de Nerón, inclinada de suyo al

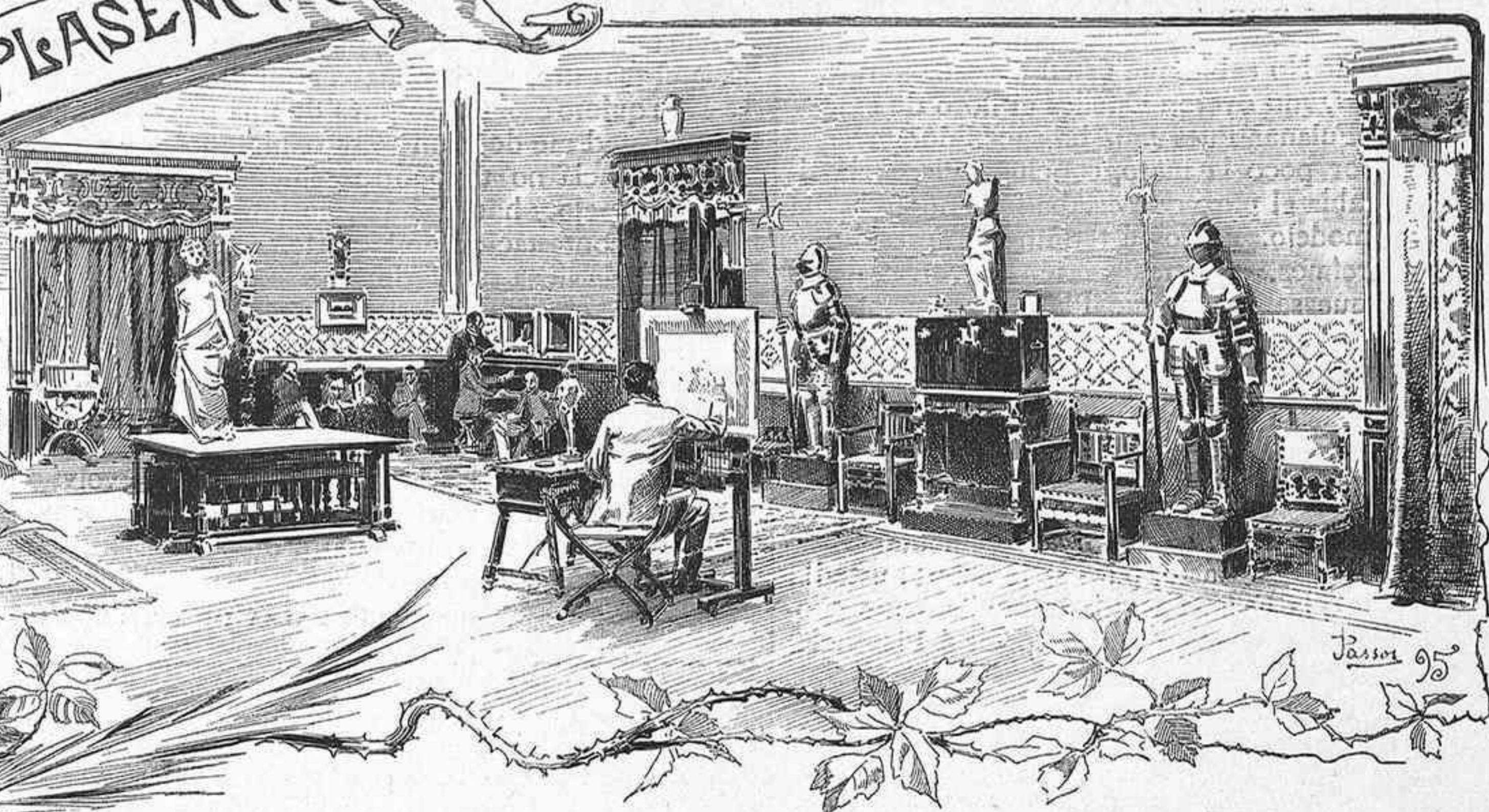
crimen. Habiendo venido con una corona en la frente al mundo, por la sangre augusta que corría en sus venas y por el poder mágico que para exaltado al imperio empleara su madre, creyó traer aparejado con la corona todo lo primero del mundo, la primer voz, la primer imaginación, la primer inteligencia, la primera paleta, el primer cincel, las artes primeras de la declamación, amén de las artes del gesto y de la pantomima; por lo cual, cuando la triste realidad le sacaba de su error, mostrándole cómo Lucano componía y Séneca pensaba y cualquier farsante griego decía versos ó cantaba himnos mucho mejor que él, revolviase airado contra los naturalmente superiores á su divina persona, y encargaba el cuitadísimo al verdugo que lo librase de sus émulo. Conocemos todos el temperamento bondadoso y las ideas humanitarias del joven emperador germánico, y no hay miedo á tal contingencia en su honrada vida; mas quien unas veces frecuenta la música, otras la navegación, otras el drama, pues los hay sugeridos, ya que no hechos por él, otras la economía y la sociología, llevándolo hasta congregación concilios ecuménicos del socialismo en Berlín, tras la predicación religiosa después ó antes de las regatas ó de las carreras con las apuestas, debe reflexionar como está expuesto á contraer una incoherencia que le suscite á cada paso grandes peligros y le traiga fatalmente á la postre irreparable daño. Conozco muy bien la curiosidad que despierta un conflicto como el empeñado en las tierras extremas de Asia, y creo utilísimo el estudio de las combinaciones que pueden resultar del mutuo auxilio prestado á las tropas de tierra por las tropas de mar en larguísima campaña. Con efecto, habiendo ido unos isleños como los japoneses á pelear con peninsulares como los coreanos y con verdaderos continentales como los chinos, esa especie de guerra doble, mantenida unas veces en los campos y otras veces en las aguas, deberá presentar fenómenos dignos de toda consideración y estudio para quien gobierna pueblos y manda ejércitos. Lo mismo el primer choque horroroso entre dos divisiones de las sendas escuadras, que los demás encuentros colosales, han sucedido en aguas ó en tierras tan cercanas de los mares como Corea y Mandchuria y el golfo de Petchili, en verdad idóneas para ofrecer enseñanzas á quienes desean suplir con el saber, allegado de prisa, la falta de una sabia y magistral experiencia. Esa extirpación casi de las armadas celestes; ese acaparamiento rápido de una tierra tan difícil á la conquista como Corea; el paso por Mandchuria, de donde fueron á Pekín los emperadores tártaros, y las amenazas á la ciudad santa de éstos, á Mukden; los asedios á Puerto Arturo y al arsenal dominante sobre los grandes golfos, por cuyos senos el camino á Pekín se abre y la seguridad necesaria del emperador y su corte ofrece brecha; todo este gran esfuerzo militar, en el cual se han empleado cuantos medios y armas han podido procurar á los japoneses, pueblo injertado en una civilización á él extraña, y sus improvisados progresos merecerían lecciones y conferencias de doctores con menos coronas y menos armas á su disposición que tal emperador á caballo. Me llamaréis caviloso; me arguiréis de muy desconfiado; diréisme que todo el mundo puede tratar todas las materias posibles en unas conferencias públicas y privadas; pero habré de responderos que así como un cardenal está bien cantando misas y está mal cantando arias, está bien un emperador si lee discurso muy oficial y muy solemne bajo un solio, y está mal si pronuncia discursos á lo catedrático sobre una tarima y ante un encajado. Dícenme aquellos que conocen Alemania cuán ingenuo todo esto les parece, atendiendo al carácter patriarcal de las monarquías alemanas y al hábito en los reyes, cuando jóvenes y príncipes, de asistir á las aulas y confundirse con los discípulos, cosa que les autoriza y faculta para subir á las cátedras y confundirse con los catedráticos. No lo negaré, aunque los reyes no podrían aspirar á diputados y ninguna constitución existe cuyo texto permita que los diputados deliberen delante del rey. Pero quizás mis escrúpulos á este respecto nacen de la materia tratada por Guillermo II, más que de la competencia y autoridad con que la haya tratado. Confieso mi falta, la digo y proclamo sin rebozo: en cuanto un *Imperator*, ó sea un jefe del Estado con corona en la frente y espada en el cinto, á cuya voz pueden reunirse millones de soldados, habla de guerra, siquier esté tal guerra en el espacio tan lejana de nuestro lado como la guerra entre los japoneses y los chinos, creo, alucinadísimo de mí, oír en los aires la trompeta del ángel exterminador que nos presenta el apocalipsis, y estremecerse bajo las plantas el suelo como si lo agitaran á una cien terremotos y reventase con estruendo en mil volcanes, pues no hay calamidad en el mundo comparable á la calamidad de una guerra.

Madrid, 16 de febrero de 1895.

CASTO PLASENCIA



SEMBLANZA



Así como para que un retrato plástico tenga todas las condiciones precisas de parecido necesita el artista aquilatar las líneas del rostro en sus más delicadas expresiones, así también para que ese retrato sea un trasunto fiel, una imagen acabada del retratado, el artista necesita sorprender las líneas, por lo menos las más características, del tipo moral; que aun cuando alguna vez la especulación filosófica haya dicho — por ejemplo, por boca de Delbeuf — que «lo psíquico es irreductible á lo físico,» en la producción artística, especialmente en la del retrato, no siempre se confirma aquel aserto; pues lo psíquico, la entidad moral humana, por su propio dinamismo se exterioriza en toda la entidad física, imprimiéndole movimientos, determinándole aspectos externos, modificándole líneas y dándole modos de expresión al rostro, cuales pueden ser y son, en efecto, las contracciones de la boca, el apagamiento ó la brillantez en la mirada, etc., que sirven al artista para concretar dentro de las líneas fisonómicas las indeterminadas de la fisonomía espiritual del individuo. Ateniéndome, pues, á este concepto mío, de lo que es y debe ser un retrato plástico, le aplico también á estas semblanzas de artistas muertos, procurando únicamente que en estos retratos literarios tenga la entidad moral todo el valor y toda la exactitud que no le es dable reproducir al pincel en el lienzo y al palillo en el barro.

Era Casto Plasencia, que murió en la plenitud de su vida, á los cuarenta y cuatro años, algo más que mediano de estatura, cuadrado de hombros, de apariencia recia y musculosa, moreno de color, y el de los ojos, cabello y barba — que llevaba bastante larga — castaño. El pelo casi cortado al rape lo peinaba sobre la frente, no muy alta, pero sí ancha, de amplia curva como el cráneo, que parecía de una testa de gladiador romano. Vestía con esmero, mejor dicho, con extremada pulcritud y buen gusto. Su porte parecía el de un militar, y á primera vista, por el rudo gesto de sus facciones enérgicas, más de cuatro que después fuimos sus amigos sinceros hubimos de juzgarle adusto y desdeñoso. Muy al contrario, el insigne pintor era un corazón de oro.

Enérgico sí, tenía una fuerza de voluntad incontrastable, como lo probó en varias ocasiones. Una de éstas fué con motivo de sus oposiciones á la plaza de pensionado en Roma, las primeras que se verificaban, pues acababa de ser fundada la Academia de España en la ciudad de los Papas, merced á la iniciativa de Castelar.

Como digo, hacía entonces Plasencia oposición, y no faltaba para terminarla más ejercicio que el último, que consistía en pintar un cuadro histórico, sacado el motivo á la suerte. Las condiciones de este

ejercicio eran trabajar un número de horas diario, por espacio de mes y medio, en un local destinado al efecto, pero en donde no podía entrar nadie más que el opositor y el modelo. El asunto del cuadro era el famoso *Rapto de las sabinas*. Cuando ya no faltaban más que tres días, es decir, veinticuatro horas, pues las «sesiones» eran de ocho por día, rompiendo la consigna pudo penetrar en el local en donde Plasencia pintaba un condiscípulo suyo (hoy pintor de mérito). Quedóse éste con la boca abierta mirando estupefacto cómo por una aberración óptica ó por falsedad de la luz ó por otra causa de difícil explicación (pues todos los condiscípulos de Plasencia sabían que éste era un colorista de primer orden) la tonalidad total del cuadro resultaba morada. Plasencia, abrumado ante aquella observación que pudo confirmar pronto, comparando lo hecho con otros trabajos suyos que no había vuelto á ver desde que comenzara el cuadro, experimentó un momento de terrible desfallecimiento. ¡Adiós sueños de oro; adiós medios de terminar su carrera; adiós reputación de aventajado, adquirida á pulso, entre condiscípulos como Pradilla, que hacía también oposiciones, como Villodas, como otros tantos que alcanzaron más tarde lugar preeminente en la pintura! Sin embargo, aquel desfallecimiento no fué más que momentáneo; con pulso firme echó la cuchilla al lienzo, y en los tres días que faltaban para terminar el plazo pintó de nuevo el *Rapto de las sabinas*. Cuando se expusieron al público los trabajos de los opositores, el cuadro de Plasencia fué saludado por todos como el primero. Hoy puede verse en la Academia de San Fernando esta obra verdaderamente genial, llena de vida, de luz y de color.

Otra de las ocasiones en que el autor de las pinturas de la cúpula de la capilla de Carlos III de San Francisco el Grande de esta corte probó también la fuerza de su voluntad, fué año y medio antes de su muerte.

Había pintado en el verano anterior, durante su corta estancia en San Esteban de Pravia (Asturias), el precioso cuadro de costumbres, de todo el mundo del arte conocido, titulado *El mentidero*, y quería hacerle la pareja, el *pendant*, como decimos en España. Llevaba cosa de mes y medio luchando con la dificultad de pintar al aire libre y bajo copudos castaños y en día sin sol una porción de campesinas, sentadas unas, echadas otras, todas descansando. La dificultad que supone pintar á esa luz templada, pero que todo lo inunda, que da tanto valor á los objetos de segundo término como á los del primero, y en donde no hay el recurso del claro-oscuro la conocen demasiado cuantos ahora me leen para que yo les encarezca lo atrevido del problema de paleta que pretendía resolver Plasencia. Una tarde, el maestro se levanta de su silla de campo, deja los pinceles en el suelo y ya completamente rendido dice á uno de sus discípulos, en cuya casa vivía: «*El mentidero* se queda sin pareja. Me doy por vencido.» En efecto, dos meses más tarde era un acontecimiento artístico el cuadro *La siesta*. Todo Madrid aficionado desfiló por el suntuoso «estudio» del Pasaje de la Alhambra para admirar la bellísima tabla.

* * *

Era Plasencia, más que maestro, amigo íntimo y cariñoso de sus discípulos. De esto pueden dar fe,

además del que suscribe este artículo, un laureado artista alcoyano, Fernando Cabrera, el autor de *Los huérfanos*. Recuerdo que una tarde se recibió un telegrama de Roma, expedido desde la Ciudad Eterna por otro condiscípulo mío, Luis Romea, que estaba allí pensionado por la Diputación provincial de Madrid, en el que nos anunciaba su primer envío. Fuimos á ver el cuadro y Plasencia quedó satisfechísimo de la labor de su discípulo. Había que festejar el acontecimiento. Convinimos en celebrar un banquete. Allá fuimos ¡qué sé yo cuántos! Se brindó; el maestro estaba decidor, alegre, tan entusiasmado como si le hubiese caído la lotería. La broma le costó cerca de dos mil reales. De estos rasgos los tenía muy frecuentes.

En los últimos años de su vida Plasencia quiso emular á los grandes pintores del Renacimiento, haciendo de su taller un lugar donde se diese culto á todas las manifestaciones del arte. Lujosamente decorado el enorme salón, los sábados aparecía brillante de luz, que hacía destacarse sobre los tapizados muros los bronceos, los vasos de antigua cerámica, las soberbias armaduras que vistieran en un tiempo nobles guerreros de alta prosapia, las pinturas, los tallados muebles. Enorme concurrencia, compuesta de lo más selecto del mundo artístico, literario, político, etc., acudía á admirar las obras del maestro y á escuchar escogidísima *musica di camera*, que ejecutaban entre otros el violinista Arbós, el pianista Tragó, el primer «viola» del teatro Real y así varios artistas celebrados.

— Pero, Plasencia, le preguntaba en una de esas tardes un amigo ex ministro, gran aficionado (cosa rara) del arte. ¿Por qué no invita usted á estas fiestas á las damas? Yo sé que hay muchas, pero muchísimas que darían cualquier cosa por venir á ver tan originales y bellísimas reuniones.

— Amigo mío, si invito á las señoras, como tengo la fortuna de que todas las que conozco son muy hermosas, ¡adiós mis pinturas y mis estatuas y mi música! ¿No comprende usted que en ese caso ninguno de ustedes oiría con gusto ni vería con gusto más que su voz y sus ojos?

— Plasencia, ¿por qué no se casa usted?, le preguntó cierto día una dama, ilustre y hermosa además.

— Señora, porque aun siendo tan hermosa como usted, había de serle perjuro.

— ¡Hombre de Dios, qué dice usted!

— Lo que usted oye, señora. La pintura es muy celosa, y quiere que no se rinda culto á ninguna otra belleza más que á la suya.

Una tarde estábamos reunidos todos sus discípulos en el taller pequeño (le llamábamos el pequeño, pero era un salón de gran capacidad), al cual daba la puerta del estudio de Plasencia, cuando de pronto vimos salir á la *modelo*, á medio vestir y con la cara de susto.

— ¿Qué ha sucedido, Fulana?

— Nada, contestó llorando. D. Casto, que ha debido de comer demonios fritos, porque está de un humor...

Se marchó la muchacha, y á poco entramos en el estudio dos de los discípulos que más confianza teníamos con Plasencia. Estaba éste paseando á grandes pasos, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Nos sentamos sin dirigirle la palabra, y él por su parte continuó sus paseos. Al fin se encara conmigo.

— ¡Pero, hombre, *tal* (aquí una interjección castellana de las más fuertes), ya podía usted haber entrado hace un cuarto de hora!

— ¿Por qué? No sabía que usted deseaba verme.

— Pero, *tal*; ¿no oyeron ustedes el lloro de esa?

— ¿De la Fulana? Pues ¿qué ha sucedido?

— Que por poco la mato, concluye Plasencia tirando con rabia el puro que estaba fumando. Un día mato á un modelo. Yo voy á terminar en presidio.

Nos sonreímos, mientras Plasencia volvía á sus paseos, porque sabíamos que Plasencia era incapaz de hacerle daño á una mosca.

— No he logrado todavía encajar esa maldita figura, continuó señalándonos un lienzo decorativo. Esa mujer no ha estado quieta ni un segundo. En fin, me he puesto tan nervioso que cogí la espátula y se la tiré.

La carcajada que soltamos fué monumental.

— ¡Caracoles, D. Casto, pues si le acierta usted!.

Al otro día, la Fulana seguía tranquilamente «poniendo» la figura y haciendo desesparar á Plasencia.

* *

Pocas son las anécdotas de Plasencia que puedan encerrarse en una frase que le retrate. Sin embargo, recordaré una.

Visitaba la reina regente la iglesia de San Francisco el Grande, y se puso á contemplar las pinturas de Plasencia.

— Maestro, esa cara de la Virgen la acentuará usted más; así está difusa; más que verse se adivina.

— Eso es precisamente lo que yo quiero; que se la pinte cada uno á su gusto en la imaginación.

Y no tocó á la cara de la Virgen.

* *

Voy á terminar estos recuerdos con una anécdota que tiene todos los caracteres de un cuento de Lamartine.

Viajaban, cuando aún eran muy jóvenes, Pradilla y Plasencia por las llamadas *rias bajas* de Galicia, semejantes á lagos salados, de paradisíacas orillas, bordadas de bosques de camelios, castaños, naranjos y con puertecitos á cual más encantador. En uno de éstos determinaron hacer alto unos cuantos días, con objeto de pintar tipos y costumbres. Plasencia eligió para modelo á una joven, casi una niña (y dejó á Plasencia que la describa), «delgadita, blanca, de talla más que mediana, de ojos verdes como el mar, de labios ligeramente gruesos, de rostro un poco pomuloso, de cabello del color del trigo y rizado á grandes ondas.» Era hija de un marinero y su madre vendía pescado.

Carmen, que así se llamaba la muchacha, acompañaba á Plasencia en sus excursiones por la costa, y con gran sentimiento artístico llevaba al pintor á aquellos lugares, en donde la belleza del paisaje se desarrollaba con todo su esplendor. Fué Plasencia acostumbrándose de tal modo á la compañía de la niña, que llegó á mirar con disgusto el término de su estancia en el puertecillo. Por otro lado, los tipos, las costumbres y el paisaje se le ofrecían continuamente bajo nuevos aspectos á cual más pintoresco, así que determinaron Pradilla y Plasencia alargar unos días más la residencia en aquel puerto.

Pero llegó al fin la hora de la marcha. La víspera había estado Carmen sirviendo de modelo al pintor para que éste hiciera una figurita de pescadora. Plasencia pintaba febril y silenciosamente.

— Yo no sé..., me decía sonriendo la tarde que me refería esta anécdota; pero creo que me había enamorado de aquella arrapieza.

Ella por su parte no se movía, y así estuvo en «posición» horas y horas. Cuando el artista dió por terminado su trabajo se acerca á él, mira la figura y exclama:

— ¡Me parezco!

— Bien, contesta Plasencia bruscamente. Toma; te voy á pagar.

Y echando mano al bolsillo, le alargó todo el dinero que llevaba.

Entonces, me decía Plasencia, sucedió una cosa..., verá usted. La chica echa las manos atrás; se me queda mirando fijamente con aquellos ojos verdes, grandes, llenos de luz como la que refleja el Océano cuando el sol hiere sus ondas; se pone roja como una cereza, luego pálida, muy pálida, y sin apartar de mí la mirada, me dice:

— No; usted no me quiere. Eso ya lo sabía yo. Pero yo tampoco quiero su dinero.

— Pero, niña, Carmela, interrumpe Plasencia abortando, tus padres lo querrán. ¿No reparas que en todos estos días no los has ayudado en nada?

— No, decía la niña cada vez más pálida y mo-

viendo la blonda cabecita á un lado y á otro, no; no lo quiero.

Y le temblaban los labios, y su mirada ardiente, me decía el maestro, me lastimaba aquí dentro.

— No quiero eso. (Y después de una pausa): Quiero que usted me deje un retrato pintado por usted.

Y Plasencia no tuvo otro remedio que ponerse ante un espejo y hacer su propio retrato. Cuando se lo dió, la contestación de la porteña fué echarle una larga mirada llena de lágrimas.

Al poner el pie en el estribo de la diligencia que se llevaba á los artistas, Carmen echó los brazos al cuello de Plasencia y estampó un beso con aquella cara enérgica y bondadosa á la par.

— ¿Volvió usted á saber de ella, maestro?

— Sí, respondió el artista sordamente. La volví á ver. Estaba flaca y amarilla, y llevaba alrededor no sé cuántos hijos, creo que cuatro ó cinco. El mayor se llamaba como yo.

R. Balsa de la Vega

ATRACCIÓN FUNESTA

I

Habían estado reunidos largo tiempo, y á eso de la media noche, casi todos bostezaban; pero dieron las dos sin que ninguno de ellos se levantase de su asiento, y sin que se cruzase ya más que alguna que otra frase, á la cual seguía una larga pausa que se prolongaba á veces más de lo regular.

Alberto Hallet, impacientado sin duda por aquel silencio y lanzando al aire una bocanada de humo de su cigarro, preguntó de pronto:

— ¿No habéis oído decir que me caso?

Uno de los presentes dirigió una rápida mirada al que esto decía, y como si no hubiera comprendido, inclinó la cabeza sin contestar.

Pero Alberto volvió á repetir su pregunta.

Entonces el otro, hombre joven aún, de aspecto elegante, y que fumaba en una preciosa pipa, contemplándola á intervalos con evidente placer, miró otra vez al que le interpelaba y encogióse de hombros.

— Amigo mío, contestó, me resisto á creerlo.

— ¿Pero no has oído hablar de ello?

— Estoy harto de saberlo, y dispensa mi ruda franqueza.

— Me parece que el parabién no es muy halagüeño, repuso Alberto con bondad.

— Es que, como he dicho, no he dado crédito á la noticia.

— Pues debes creerla.

— Pues te compadezco, porque á mi modo de ver cometerás la mayor de las locuras. Si fueras un joven de diez y ocho ó veinte años, se te podría dispensar hasta cierto punto, y tu resolución indicaría casi cierta audacia, cosa que jamás he conocido en ti; pero á tu edad, y dada la mujer en quien has fijado tu elección, ese matrimonio me parece disparatado.

— ¿Cómo! ¿Consideras que la edad de treinta años es demasiado avanzada para casarse? ¿No se me debería congratular, por el contrario, porque conservo aún el espíritu de la primera juventud? Eres muy poco amable.

Luis sacudió con impaciencia la ceniza de su pipa.

— Querido Luis, continuó Alberto con la mayor calma y su acostumbrado acento de bondad, eres un descreído, y mucho temo que el mundo te haya pervertido.

— ¡A mí! ¿Piensas que podría ocurrírseme como á ti el casarme con una bailarina?

— Ya sé que debes contraer matrimonio con una señorita que te llevará un buen dote, aunque también tiene más edad que tú.

— Puesto que amo á esa joven, creo que esto no será ningún descrédito para mí.

— Sí, aparentarás amor á tu futura; pero después veremos cómo te portas.

— De todos modos, nunca tendré motivos para avergonzarme de mi esposa.

— ¡Oh! No hablemos aquí de semejante posibilidad, que considero muy romántica.

— ¡Romántica!, repuso Luis soltando la carcajada. Pero dejemos eso á un lado, y permíteme preguntarte si tu madre consentirá en tu unión con Nora...

— Lo dudo.

— ¿Y crees que tus amigos la verán con buenos ojos?

— Es posible que no.

— Pues entonces, no me explico que persistas en semejante enlace.

— Es porque para mí tiene algo de poético.

— ¿Y lo creará así tu esposa cuando se vea aislada de todo el mundo?

— Supongo que no llegará á suceder, y añadiré, querido Luis, que tu modo de ver no se aviene con el de nuestros contemporáneos. Diez años atrás se podía pensar como tú piensas, mas ahora no.

— Son ya las tres, repuso Luis levantándose y después de haber consultado su reloj; me marchó, pero no será sin decirte que lo que tú quieres no es otra cosa sino producir sensación. Esta es la nota moderna.

— Tu suposición es sobrado gratuita.

— ¿Y me será lícito preguntar cuándo se efectuará la boda?

— Hoy mismo; esta mañana.

— ¡Tan pronto! Buenas noches.

— ¡Adiós, Luis!

II

Es media noche: en una magnífica habitación, en la cual se ostenta todo el lujo moderno, muebles valiosos, ricos cuadros, espejos y alfombras, se ve, en una especie de diván, una mujer en parte oculta por una colcha de seda encarnada.

Durante largo rato nadie interrumpe el silencio que allí reina; pero la dama se mueve al fin, levanta los brazos, muy blancos y del más perfecto contorno, incorpórase un poco y bosteza ligeramente. Su cabellera, que á cualquier otra hora estaría sin duda peinada artísticamente, está en este momento muy enredada y en desorden, pero aun así ofrece un conjunto más pintoresco, que realza las agraciadas facciones de la joven, cuyo blanco cuello engalanan varios lazos de seda.

Al poco rato para un coche á la puerta de la casa, ábrese las puertas, y entra en la habitación Alberto con traje de etiqueta. Su expresión es alegre, como de costumbre, y al dirigir una mirada hacia el diván se sonríe. Después acerca una silla á la chimenea, arréglase un poco la corbata, y se sienta, sin notar que dos ojos fijan en él una mirada de enojo.

De repente la joven salta de su diván, coge una silla y se sienta enfrente de su marido.

— ¿Te has divertido mucho, Alberto?, pregunta después de una pausa.

— Bastante...

— ¿Has comido fuera?

— Sí, en casa de la familia Portman.

— ¿Estaba allí Carlota, tu señorita Carlota?

— ¡Oh!, sí; y ahora me recuerdas que me ha dicho que vendría aquí mañana.

— Pues será inútil, replicó Nora con aire triunfante, porque no tendré tiempo para recibirla.

— Procura tenerlo, porque le he dicho que estarías en casa, y me dejarías en mal lugar.

— Esa mujer me empalaga con sus lisonjas y sus caricias; me inspira aversión y no quiero verla.

— Tienes un carácter indómito, y yo quisiera que respetases un poco más las conveniencias sociales.

Al oír esto, Nora hizo un ademán de impaciencia, y algunas lágrimas asomaron á sus ojos, pero más bien hijas de la cólera que del pesar.

Alberto se levantó, y cogiendo una de las manos de la joven, fijó en ésta una mirada de bondad.

— Nora, dijo, no seas impaciente, y procura dominar tu genio. Ya sé que al aceptar mi mano como esposa debías renunciar á una vocación...

— No hablemos de eso..., no estoy de humor para entrar en explicaciones.

— Bueno: permíteme decirte ahora que es necesario cumplir con el mundo, ó más bien con la sociedad, lo cual no siempre es fácil; y si no procuras modificar tu carácter, todos se alejarán de ti. Un poco de paciencia, Nora, y por lo pronto no te niegues á recibir á la persona que quiere visitarte mañana.

— ¡No, y cien veces no!

— Advierte que Carlota es mujer de influencia, y que por lo tanto te conviene mucho su amistad.

— ¡No la necesito para nada; aborrezco á esa mujer, y si fueras un hombre como debes, no me hablarías en su favor! Te confieso que esto de que no quieras que me vean contigo en ninguna parte me irrita lo que no es decible.

— Querida Nora, yo te convenceré de que soy como debo, y en prueba de ello, desde hoy rehusaré todas las invitaciones en que no se te comprenda á ti.

Nora mira á su esposo con aire de duda y hasta con expresión de agradecimiento.

III

Desde aquel día, la sociedad no volvió á saber nada de Alberto Hallet, quien para satisfacer un nuevo capricho de Nora dejó de ir á sus casinos.

— ¡Hola, muchacho!, díjole Luis cierto día que le encontró en la calle por casualidad. ¿Dónde te metes, que no se te ve por ninguna parte?

- Ya comprenderás que el hombre casado tiene sus deberes.
 - Sí; pero me parece que no eres tú quien lleva en tu casa los pantalones.
 - ¿Qué quieres decir?, preguntó Alberto un poco amostazado al parecer.
 - ¡Oh! Dispensa; no lo he dicho con ánimo de ofenderte. ¿Vives aún en la misma casa?
 - Sí.
 - ¿Podré ir á verte?

- ¿Quieres acompañarme al teatro esta noche?, añadió, como para dar otro giro á la conversación.
 - No; esta noche no podrá ser.
 Pocos momentos después los dos se dirigieron á la sala; Nora fué á sentarse en su diván como de costumbre, y Alberto cogió un libro; pero su joven esposa no quería dejarle leer.
 - ¡Ah!, exclamó, se me olvidaba decirte una cosa. ¿A que no sabes á quién he visto hoy?
 - No puedo adivinarlo.

para tí, debo oponerme. Si deseas volver á tu antigua vida, solamente por amor á ella, no debo prestarte mi apoyo, porque hasta cierto punto lo juzgaría como una deshonra para mí. Hemos hecho una especie de cruzada contra la sociedad, y...
 - ¿Y qué?
 - Que si vuelves otra vez al teatro, sería confesar en cierto modo que no nos llevamos bien, y yo prefiero no hacer esa confesión públicamente hasta que llegue... el fin.



¡Imposible, caballero, porque su mujer está allí... con el cadáver!

- Cuando gustes; y no hay inconveniente en que te acompañe tu hermana.
 «No me atrevería á proponérselo á Margarita,» dijo Luis para sí cuando se hubo separado de su amigo.
 Al volver á su casa en la tarde del mismo día, Alberto supo que su esposa había salido; cogió un diario, y comenzó á pasar la vista por él distraídamente; pero pocos momentos después llegó Nora.
 - ¡Oh, Alberto!, exclamó al entrar, he visto un corte de vestido precioso; me sienta divinamente, y está adornado con verdadero encaje de Bruselas.
 - ¿Y te has decidido á comprarle?
 Nora miró á su esposo con expresión indignada, y salió de la habitación sin contestar. Los dos esposos no se vieron ya hasta la hora de comer, y entonces Nora no volvió á hablar del vestido.
 - ¿Conque has comprado el vestido?, preguntó al fin Alberto, aprovechando un instante que le pareció oportuno. ¿Cuánto te ha costado?
 Nora frunció el ceño, y quiso mirar á su esposo con gravedad; mas no pudiendo fingir, soltó una carcajada.
 - Ciento cincuenta duros, y eso que lo he regateado bastante, contestó al fin; pero te gustará mucho.
 - Hija mía, repuso Alberto, seguro estoy que en tu guardarropa no te queda ya lugar para poner más trajes, y á este paso, pronto me arruinarás.
 - ¡Oh!, replicó Nora, todos los hombres dicen lo mismo, ó por lo menos los maridos.
 - ¡Ah!, suspiró Alberto, dando á entender así que comprendía muy bien la indirecta.

- A Eugenidi, el maestro de baile.
 Alberto levantó la cabeza y fijó en su esposa una mirada más bien de enojo que de sorpresa.
 - ¿Por qué me miras así?, preguntó Nora, ruborizándose ligeramente. No creo que tenga nada de particular haber encontrado á una persona conocida. Eugenidi es un buen hombre, y siempre me ha tratado con la mayor cortesía.
 - Naturalmente.
 - Ya comprendo que no es santo de tu devoción.
 - Jamás traté de ocultar que siempre ha sido para mí una persona muy desagradable, y tal vez no haya conocido otra tan antipática.
 - Por fortuna para él, no todos piensan así.
 - ¡Oh! Si todos le aborreciesen como yo, sería hombre digno de compasión.
 - Supongo que no quieres saber lo que me ha dicho.
 - Nunca fuí curioso.
 - Pues bien: quiero que lo sepas. Me ha dicho que si accedo á ponerme bajo su dirección hará mi fortuna.
 - ¿Como bailarina?
 - Sí; me enseñará dos ó tres nuevos bailables, y se encarga de que se me proporcione desde luego una contrata que debe producirme un dineral.
 - ¿Y cómo puede él saber eso?
 - Dice que, teniendo tú tan buenas relaciones, podrías ayudarme mucho. ¿Quieres hacerlo?
 - Si he de hablarte con franqueza, no lo creo conveniente, y por muchos atractivos que la cosa tenga

IV

Alberto Hallet sabía muy bien que su esposa era una mujer extravagante; pero estaba muy lejos de creer que su propensión al despilfarro podría llegar hasta el punto de ocasionar su ruina. Parecía, sin embargo, que en su mujer se había desarrollado recientemente un insaciable afán de gastar dinero; y cuando llegada la Navidad le presentaron las cuentas de fin de año, ya no pudo hacerse ilusiones. Si Nora no se corregía, su pérdida era inevitable, y por primera vez vió ante él un porvenir triste y sombrío, desgraciadamente muy próximo.
 En la tarde del día de Año Nuevo, trató de sondear discretamente á su esposa para saber de una vez qué podría esperar de ella; mas no confiaba conseguir gran cosa, dado su carácter dominante, caprichoso y voluble.
 - Nora, la dijo, en la exposición hay un magnífico cuadro de Chardín que tengo vivos deseos de ver. ¿Querrás acompañarme?
 - No, Alberto, hoy me es imposible.
 Esta negativa no debía extrañar al marido, acostumbrado á ellas hacía tiempo; pero aquella vez llamó su atención más que nunca, y se fijó en el hecho de que hacía algún tiempo que su mujer se negaba siempre á acompañarle.
 - Observo, dijo Nora después de una pausa, que ya no vas nunca á tu casino. No quisiera que por mí te privaras de ese pasatiempo.
 Esta observación era incomprensible. ¿Acaso no había renunciado Alberto á sus casinos solamente

por complacer á su esposa? ¿Por qué le hacía semejante indicación? Iba á contestar con alguna violencia; pero se contuvo, temeroso de promover una discusión; y después de hablar cinco minutos más sobre cosas indiferentes, se levantó y dirigióse hacia la puerta, olvidando lo que se había propuesto antes de entrar.

— Recuerda que hoy comeremos á las seis, díjole Nora en el momento de salir.

— ¡Tan temprano!

— Sí; debo hacer una visita á una amiga de la niñez á quien no he visto hace muchos años, y por lo tanto, esta noche quedas libre para consagrarla á tus amigos.

— ¿Y no he de acompañarte?

— ¡Oh, no!

Alberto salió de la habitación más preocupado que nunca; no tenía por costumbre fiscalizar las acciones de su esposa, ni se le había ocurrido jamás pedirle explicaciones sobre ellas, porque lo juzgaba impropio de su dignidad.

Durante la comida, Nora estuvo muy inquieta, y al parecer poseída de una excitación singular, aunque trató de disimularla bajo una aparente volubilidad. Preguntó á su esposo si había visto el cuadro de Chardín; y refiriéndose de una manera indirecta á la señorita Carlota, objeto de una violenta discusión algunos días antes, dijo que se avendría á recibir su visita, si con esto podía complacer á su esposo. Alberto la escuchó con aparente indiferencia; estaba muy preocupado, y ni siquiera notó que Nora miraba á cada momento un diminuto reloj de oro que llevaba engarzado en una preciosa pulsera. Después de servidos los postres se levantó como si no pudiese reprimir su impaciencia.

— Ya es hora de marcharme, Alberto, dijo; siento dejarte solo, mas no puedo evitarlo, porque mi anti-gua amiga ha de ausentarse.

— ¿Tomarás un coche?

— ¡No..., sí..., es igual!. ¡Gracias!

Nora salió del comedor, y Alberto mandó á un criado que fuese á buscar un coche. Después se apoyó en la chimenea, y entregóse á sus reflexiones, muy amargas sin duda, á juzgar por la triste expresión de su rostro.

Pocos momentos después detúvose el vehículo á la puerta de la casa.

Entonces Alberto se acercó á la mesa, llenó de vino un vaso y apuróle de un trago.

En aquel momento entró Nora, luciendo su abrigo de pieles, que realizaba su belleza y sus elegantes formas.

— ¡Adiós, Alberto!, dijo sonriendo con dulzura.

— Por segunda vez te pregunto, repuso el marido, si quieres que te acompañe...

— Esta noche no. ¡Hasta luego!

Un minuto después, Alberto oyó que el coche se alejaba rápidamente.

Maquinalmente, Alberto corrió á la ventana para dirigir una mirada á la calle; comenzaba á llover pausadamente, y algunas gotas de agua humedecían los cristales; al triste esposo le pareció que los faroles brillaban más que nunca; en la casa de enfrente se daba un baile, y oíanse los dulces acordes de la música, espectáculo que despertó en Alberto las más amargas reflexiones, porque también él se había divertido mucho así en otro tiempo, y ahora era el triste juguete de una mujer caprichosa, á quien tenía la desgracia de amar.

Alberto se retiró de la ventana y fué á sentarse en un diván; después levantóse de pronto, y se dirigió al tocador de su mujer con cierta timidez, como si fuese un ladrón, mirando á todas partes. Todo estaba como de costumbre; en una mesita veíanse varias joyas diseminadas, y sobre el lecho estaba la colcha de seda encarnada con que Nora solía cubrirse cuando se echaba en el diván. Alberto entró de puntillas en el guardarropa y miró atentamente, pero tampoco observó allí nada de particular.

Practicado este rápido examen, en vez de volver al comedor, fué á su aposento para arreglar un poco su traje; su hogar doméstico le parecía en aquel momento demasiado triste, y necesitaba distraerse. El cielo se aclaraba, y una luna melancólica pugnaba por brillar á través de las nubes cuando Alberto entró en su casino.

V

La primera persona á quien vio fué precisamente Luis Latimer.

— Alberto, ¿tú por aquí?

— ¡Querido Luis! ¿Cómo estás?

— Muy bien. ¿Has estado enfermo?

— No... ¿Por qué lo preguntas?

— Veamos, déjame mirarte bien. ¡Ah! No, ya veo que estás como siempre; mas al pronto me parecís-

te una persona apenas restablecida de una enfermedad. ¿Qué piensas hacer esta noche? ¿Quieres que vayamos á pasar una hora ó dos en el teatro?

Alberto hizo un ademán negativo.

— ¡Pero hombre, no seas así! Al cabo de tanto tiempo que no vienes por aquí, paréceme que deberías complacer á un amigo que te aprecia tanto como yo. Te advertiré que he estado en París estos últimos días, y que me es muy necesario un sedativo.

— Querido Luis, repuso Alberto sin poder reprimir una sonrisa, hay momentos en que eres irresistible, y quiero complacerte.

Una vez en el teatro, el brillo de la luz eléctrica, el lujoso decorado, la elegante sociedad que ocupaba el coliseo, los acordes de la orquesta, todo, en fin, contribuyó á que Alberto desechase por el pronto su tristeza. Al entrar los dos jóvenes terminábase el primer acto del baile «Atalanta», y en vez de ocupar sus localidades, fueron á recorrer el teatro. Un cuarto de hora después hallábanse ya sentados en la cuarta fila de butacas, el mejor sitio para ver la escena, y allí esperaron á que comenzase el segundo acto. Al fin se levantó el telón. De repente los dos jóvenes hicieron un movimiento de asombro, y Latimer miró de reojo á su compañero.

Alberto estaba pálido como un difunto, y tenía contraídas las facciones: el público aplaudía frenéticamente, y pidió con instancia que se repitiese el último paso del bailable.

Nora era la que excitaba así el entusiasmo del auditorio, y cuando se hubo retirado de la escena, donde no debió presentarse más, Alberto se levantó de su asiento como un autómatas, sin acordarse de su amigo Luis y tal vez sin darse apenas cuenta de lo que hacía; pero Latimer no le dejó andar muchos pasos sin reunirse con él.

— ¿Quieres beber algo?, preguntóle con tono afectuoso.

— Bien, vamos al café.

Latimer observó que la mano de su amigo temblaba al coger el vaso.

— ¿Por qué no me lo has dicho antes?, preguntó.

— Suponía que lo sabías...

— No, te aseguro que lo ignoraba, contestó Alberto tranquilamente. ¿No te parece que estaba hermosísima?... ¡Vámonos ya, Luis, no me siento bien!

Tal era la curiosidad de Latimer, que no pudo menos de interrogar á su amigo.

— Dispénsame, Alberto, pero no puedo menos de preguntarte qué ha ocurrido. ¿Es posible que realmente no supieras?..

— No ha ocurrido nada, ni yo tampoco sabía la menor cosa.

Latimer se detuvo, cogiendo á su amigo del brazo.

— Escúchame, dijo con acento cariñoso. ¿Por qué no tienes confianza en mí? ¿Por qué has de sufrir en silencio sin comunicarme tus penas para que yo te consuele? Harto comprendo que te arrepientes de tu matrimonio, y siempre pensé que sucedería así. ¿Quieres que te ayude á salir de este mal paso, si es posible?

Alberto miró á su amigo con expresión de curiosidad.

— Estás ciego, continuó Luis, y todo el mundo puede ver más que tú.

— Vamos, no pierdas tiempo en hablar, repuso Alberto con impaciencia.

— Demasiado comprendo el gran daño que te ha causado lo que acabas de ver en el teatro; pero debes consolarte con la idea de que aún queda un medio para que no se hable de ti. Las relaciones de Nora con Eugeni, ese misero griego, van á ser muy pronto del dominio público. Confía el asunto á un inspector de policía, y ya verás cómo todo se arreglará de manera que quedés en buen lugar.

Ya no se cruzó ninguna palabra más entre los dos amigos hasta que llegaron á la puerta del Nuevo Ateneo, y entonces Alberto hizo seña á un cochero para que se acercase.

— ¿No quieres entrar?, preguntó Latimer.

— No, ahora no. ¡Buenas noches!

Alberto se acercó al coche, mas al poner el pie en el estribo llamó á Luis.

— Oye, le dijo, estás equivocado si crees que mi pasión se ha extinguido ya. Nadie sabe lo que esa mujer es para mí, y te aseguro que jamás la amé tanto como en este momento. Por ella he sacrificado á mi madre, mis parientes, mis amigos... y mi fortuna, añadió con triste sonrisa; y ahora, después de tan cruel desengaño, me parece que solamente me resta una cosa que sacrificar...

— ¿Tu honor?

— ¡Mi honor!.. Tal vez tengas razón, Luis... En fin, ya veremos. ¡Buenas noches!

Luis entró en el Ateneo y pidió de cenar; le sirvieron muy bien; pero todo le pareció malo, y apenas probó los manjares. Aunque la noche era fría, parecía la atmósfera sofocante, y el olor de las viandas le producía náuseas.

Un cuarto de hora después salió á la calle, y entonces, obedeciendo á un secreto impulso, ó más bien abocado de un triste presentimiento, acercóse á un coche, dió las señas de la casa de su amigo y ordenó al auriga que hiciera correr á su caballo todo lo posible.

Al llegar á la casa de Alberto, no sin cierto temor de que tal vez cometiera una imprudencia, tiró de la campanilla; pero fué necesario repetir el llamamiento antes de que la puerta se abriese.

En el recibimiento vió á un agente de policía y un criado detrás, que sollozaba amargamente.

— ¿El Sr. Hallet?, balbuceó Luis.

— Acaba de suicidarse, contestó el agente. ¿Conoce usted á ese caballero?

— He estado con él toda la noche. Pero ¿es posible que haya muerto ya?, añadió Latimer, que había palidecido de horror.

— La muerte debe haber sido instantánea.

— ¿Pero no puedo verle por última vez?

— ¡Imposible, caballero, porque su mujer está allí... con el cadáver!

Luis Latimer se alejó de la casa con los ojos llenos de lágrimas, y en mucho tiempo no olvidó al compañero á quien profesaba la más sincera amistad.

Nora no volvió á pisar las tablas, y aunque su arrepentimiento fué tardío, lloró al esposo á quien había perdido tan lastimosamente.

Traducción del inglés por E. L. VERNEUIL

ALGUNOS SELLOS RAROS

Los filatelistas londinenses han podido ver recientemente reunidos 470 sellos raros que en Saint Martin's Town Hall han expuesto los Sres. Ventom, Bull y Cooper. Los seis pertenecientes á esta colec-

35 £

92 £

130 £



32 £

130 £

50 £

Facsímiles de algunos sellos raros y precios señalados á los mismos

ción que nuestro grabado reproduce son: el 108 paras de Moldavia, el 2 peniques de Mauricio de 1848, el 2 peniques, de Mauricio también, de 1859, el 2 reales de España de 1851, el 4 peniques de Ceylán de 1857 y el 15 céntimos de la Reunión de 1852. Los precios señalados á estos sellos son respectivamente de 35, 92, 130, 32, 130 y 50 libras esterlinas.

No son, sin embargo, éstos los sellos más caros que se conocen, pues no hace mucho se vendió uno, el 2 céntimos rosa de la Guayana inglesa de 1850, por 25.250 francos, y los dos primeros emitidos en 1847 en la isla Mauricio figuran en los principales catálogos con un precio de 10.000 pesetas, habiéndose vendido no hace mucho un ejemplar de estos últimos, el de 1 penique, por 8.750 francos.

El orden de importancia de los sellos más raros es, según los peritos en la materia, el siguiente: el 1 céntimo rosa de la Guayana inglesa de 1856, del que sólo se conoce un ejemplar; el 2 céntimos de Hawai de la primera emisión (1852), del que únicamente se conocen seis ejemplares; el citado 2 céntimos de la Guayana inglesa de 1850, y los dos mencionados de la isla Mauricio.



ENTIERRO DEL MARISCAL CANROBERT.
- DESFILE DE LOS INVÁLIDOS, dibujo de S. Azpiazu.

CRÓNICA PARISIENSE

Raramente los azares de la vida de un pueblo ofrecen contrastes tan salientes como el que acaban de presentar la muerte de Canrobert y la vuelta de Rochefort á su patria después de seis años de destierro.

Uno de los principales actores del golpe de Estado de 1851 es amnistiado, á la hora suprema de la muerte, por la nación francesa, que al recordar los heroicos hechos del soldado de la Francia tiende el velo del olvido sobre los errores del cómplice de Napoleón III.

El instigador de Boulanger, el agitador más activo del último movimiento dictatorial contra la tercera república, es amnistiado por el gobierno sobre el cual no ha cesado un solo día de echar injurias desde las columnas del *Intransigente*.

Por la mañana, el ejército, los poderes públicos y el pueblo honraban con solemnes exequias la memoria del último mariscal de Francia. Por la tarde, el mismo pueblo, á despecho de los poderes públicos, saludaba con aclamaciones la vuelta del primer libelista de París.

El mismo día ha visto glorificar públicamente á un soldado cuyo prestigio no llegó á oscurecer la parte que tomó en la restauración bonapartista, y á un escritor cuya celebridad tuvo origen en el papel que desempeñó contra el imperio decadente.

La república de 1870 perdona, con motivo de la proclamación de su sexto presidente, á uno de los principales vencedores de la república de 1848, en gracia á los servicios que á la patria prestó en los campos de batalla, y realiza este acto de alta justicia precisamente en el momento en que devuelve el derecho de ciudadanía al más brillante cooperador de la aventura bulangerista.

Los admiradores del ilustre veterano han podido conducirlo á su última morada, pasando por debajo de la gloriosa bóveda de banderas de los Inválidos.

Los amigos del antiguo redactor de *La Linterna* han podido aclamarlo libremente en las calles de París.

El contraste de estos dos acontecimientos es de los que impresionan vivamente el ánimo, y el de las dos medidas que les han dado origen honra al gobierno que ha tenido el buen acuerdo de dictarlas.

En presencia del anciano general no había quien dejase de experimentar un sentimiento profundo de admiración y de respeto. Parecía la personificación de la Francia caballerescas. A pesar de sus ochenta años bien cumplidos, había conservado una elegante y ágil robustez. Las grandes melenas grises que rodeaban su enérgico rostro, acentuado por un recio bigote y curtido por el sol de las batallas, y sus ojos grandes, hermosos, claros y serenos recordaban la noble fiera del león.

No era fácil sostener su mirada de fuego, aunque la atemperase la más bondadosa de las sonrisas. Su temperamento prodigioso de guerrero hacía centellear aquellos ojos, cuyos rayos electrizaron tantas veces á los soldados de la Francia en Constantina, en Zaatcha, en Inkermann, en Solferino y Saint-Privat, embriagándolos con el loco afán de vencer ó de morir.

En aquel foco luminoso ardía el fuego hereditario de una raza entera; de esa raza de héroes que durante tanto tiempo tuvo á raya á los césares é hizo retroceder á las águilas romanas.

Al simple aspecto de su enérgico rostro, Canrobert producía una impresión profunda, y ésta aumentaba en intensidad al recuerdo de su larga vida, llena de honor y patriotismo, de abnegación y valentía, de admirables rasgos de desinterés y de nobleza.

Teniente, *debuta* con una brillante acción de guerra y rehusa la primera cruz, porque su viejo capitán la merece y no la tiene todavía. General en jefe del ejército de Crimea, desciende sin protesta ni murmuración alguna á la segunda fila. Mariscal de Francia, cargado de años y de gloria, ruega en Metz que le confíen el mando de un puñado de hombres para poder batirse y derramar su sangre por la patria hasta el último aliento de la resistencia.

Nada falta á su noble figura militar, ni aun la pobreza de los grandes héroes; porque Canrobert ha muerto sin fortuna, como los más famosos capitanes de la antigüedad.

Bien ha hecho el gobierno en honrar su memoria con exequias nacionales, bajo esa cúpula de los Inválidos en que los trofeos de guerra protegen el último sueño de los grandes soldados de la Francia.

El pueblo ha podido saludar con respeto al que iba á descansar para una eternidad al lado de sus compañeros de armas que le precedieron en la tumba.

Aquellos inválidos de cien combates que asistían á las exequias han debido sentir, bajo las cenizas de los años, arder en su corazón el mismo fuego que hasta el postrimer instante corrió por las venas del octogenario general; y los soldados bisoños que hacían los honores militares en el entierro debieron sentir pruritos de victoria, deseos de poder rivalizar en valor y arrojo con el que fué osado capitán de cazadores de Constantina, bizarro coronel de zuavos en Zaatcha, estratégico general de Inkermann.

¡Quién sabe si algún día, en la nube de polvo y humo de sangrienta batalla, estos soldados verán la sombra de Canrobert, señalándoles con su gloriosa espada el camino de la victoria!

En la carrera militar de esta gran figura, que llena más de medio siglo, no se encuentra un solo desfallecimiento. La vida de este soldado pundonoroso desmiente á los que pretenden que los tiempos heroicos ya pasaron. Su heroísmo fué natural, sencillo y comunicativo. En las trincheras de Sebastopol se acerca un día á un sargento condecorado con la Legión de Honor.

- Buenos días, colega, le dice.

- ¿Colega?, objeta el soldado; no soy más que un modesto sargento y vos sois nuestro general.

En aquel instante un obús estalla y los cubre de tierra.

- ¿Qué tal?, replica el general en jefe; si este obús nos hubiese llevado á los dos la cabeza, ¿no seríamos colegas para *in eternum*?

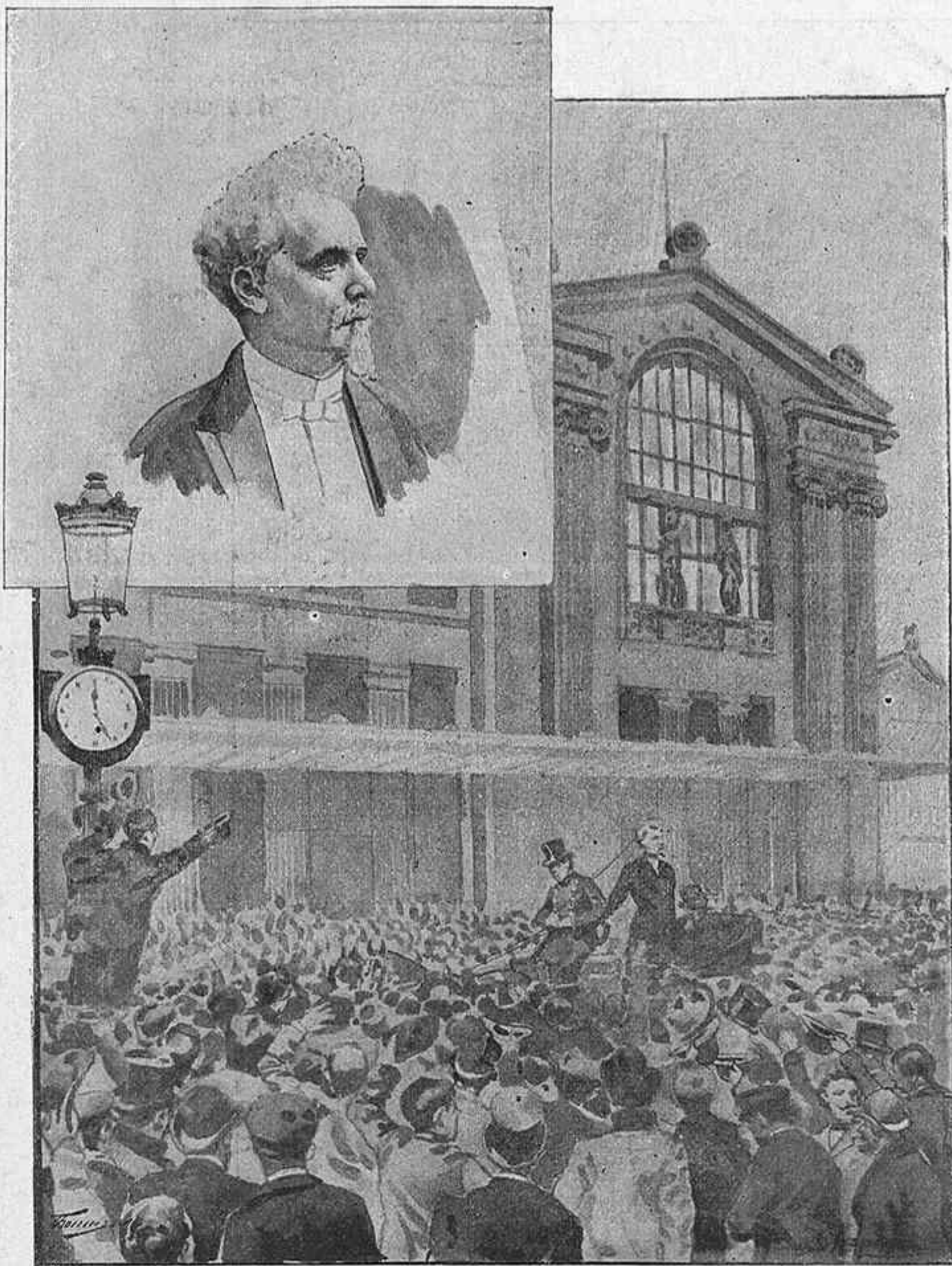
Los soldados le querían entrañablemente,



ENTIERRO DEL MARISCAL CANROBERT. - PASO DEL CORTEJO FÚNEBRE POR LA EXPLANADA DE LOS INVÁLIDOS, dibujo de S. Azpiazu



TIZIANO Y SU HIJA, CUADRO DE ERNESTO KLIMF



LLEGADA DE ENRIQUE ROCHEFORT Á PARÍS, dibujo de S. Azpiazu

porque nunca malgastaba su sangre ni sus fuerzas. Al recibir del gobierno imperial la orden de preparar sin el tiempo necesario el asalto para el 18 de junio, aniversario de Waterloo, presentó la dimisión de comandante general del ejército por medio de una carta en que decía: «Las obras de cerco no están concluidas. Se perderán inútilmente miles de hombres. No puedo asumir la responsabilidad de un nuevo desastre en este día que recuerda uno de los grandes lutos militares de nuestra historia. Servíos aceptar mi dimisión. *Pido el mando de la primera columna de asalto.*»

Retiraronle el mando general. Dióse el asalto y perecieron sin resultado más de diez mil hombres.

Canrobert era la personificación del honor, de la sinceridad y del entusiasmo militar. Lloraba como un niño al recordar los desastres de la Francia. ¡Con qué tristes colores, con qué conmovedora emoción pintaba el sombrío drama del año terrible!

Lo que mancilla y mata no es la derrota; es la pérdida de las virtudes militares. Los pueblos no se salvan sino merced al espíritu de abnegación y de sacrificio. La sangre vertida bajo la bandera de la patria es semilla que produce héroes. La inmolación nunca es estéril.

Si Francia conserva á Belfort débese á la admirable resistencia de Canrobert en los campos de Saint-Privat.

Negociando las condiciones definitivas de la paz, Thiers había rechazado durante quince horas mortales las nuevas exigencias del vencedor. En el momento en que ambas partes creían llegar al término de aquellas negociaciones tan ardentemente debatidas, una inesperada pretensión del estado mayor alemán estuvo á punto de precipitar una vez más las dos naciones en los horrores de una lucha implacable.

El emperador Guillermo, instigado por el general Moltke y el partido militar, exigía la entrega de Belfort.

¿Qué argumento decisivo doblegó su voluntad soberana?

La línea fronteriza que hacía pasar al imperio alemán dos provincias francesas dejaba á la Francia un campo de batalla hecho para siempre famoso por dos prodigios. Este campo era el de Saint-Privat, inundado de sangre alemana y ennoblecido por el sacrificio de heroicos franceses.

El emperador Guillermo lo reclamó con insistencia.

— Quiero que la tierra que ha servido de tumba á mi guardia imperial sea alemana, decía. En cambio dejo Belfort á Francia como testimonio de lo mucho en que estimo el valor de su ejército.

Cumplióse la voluntad del emperador. La guardia prusiana muerta en Saint-Privat reposa en tierra ale-

mana, y el nieto de aquel monarca vencedor ha saludado desde su trono imperial el cadáver del héroe de aquella hecatombe, en el momento en que hallaba honrosa sepultura en los Inválidos, como si ante la muerte se extinguieran las ambiciones, las rivalidades y los odios que encendieron la guerra entre los pueblos.

JUAN B. ENSEÑAT

NUESTROS GRABADOS

Monumento funerario, obra de Federico Kuhn. — En la idea del eterno reposo han hallado siempre hermosos motivos de inspiración los más afamados escultores, quienes han producido verdaderos monumentos que son artístico ornamento de los más famosos cementerios y de los templos en donde descansan muertos ilustres. Con ser uno el pensamiento primordial que en todos ellos preside, ¡cuánta variedad en la forma de exteriorizarlo! ¡cuánta sencillez en unos, cuánta magnificencia en otros! En pocas obras, sin embargo, sienta tan bien como en éstas la sobriedad, y en nuestro concepto el artista debe hacer prevalecer en ellas el sentimiento, modelando la materia plástica en líneas severas y omitiendo todo lo que, llevando la atención por otros caminos, pueda distraerla de lo que ha de ser objeto capital de la misma. Como pocos cumple estos requisitos el admirable monumento funerario que reproducimos: en su rostro, en su actitud, en el plegado de los ropajes, en una palabra, en su conjunto y en sus menores detalles ostenta en alto grado la bellísima figura modelada por el célebre artista alemán Federico Kuhn esa condición de sobria severidad que tan bien se ajusta á todo aquello que con la muerte se relaciona, y que en esta obra se halla además avalorada por una ejecución perfecta.

Tiziano y su hija, cuadro de Ernesto Klimt.

— El autor de este cuadro ha hecho indudablemente un estudio profundo de las obras del pintor inmortal cuya figura reproduce, y sobre todo de sus retratos por él mismo pintados; así ha de reconocerlo desde luego cualquiera que recuerde los admirables lienzos del eximio artista que en los principales museos se conservan como preciadísimas joyas. El *Tiziano y su hija* del lienzo de Klimt tienen grandes analogías con las incomparables figuras que el pincel del gran maestro trazara, y este es su mejor elogio. Si alabanzas merece el cuadro, no menos digno de ellas es el grabado de Bong, que tan maravillosamente lo ha reproducido: el buril del grabador ha logrado en la madera una suavidad de líneas, una pastosidad de tonos y una limpieza que difícilmente pueden ser superadas en el arte xilográfico.

Los almirantes japoneses Ito Yuko y Tsuboi.

— Son estos personajes dos de las figuras más importantes



ITO YUKO, vicealmirante japonés



TSUBOI, contraalmirante japonés

de la armada japonesa, cuya fama ha crecido considerablemente desde la batalla del Yalu, en que tan principalísima parte tomaron. El vicealmirante Ito mandaba en jefe la escuadra en aquel memorable combate que tanta trascendencia tuvo para el curso sucesivo de la guerra; el contraalmirante Tsuboi, que era el segundo comandante de aquella, púsose al frente de la primera de las dos líneas en que se dividió la flota japonesa en dicha acción. Uno y otro dieron pruebas de su gran pericia durante las cuatro horas del encarnizado combate que terminó con la derrota completa de los chinos y que dió á los vencedores las llaves del golfo de Petchili.

Guerra chino-japonesa. — Los japoneses conduciendo un cañón monstruo del fuerte de Tallyen-Wang. — Confían mucho los chinos en la defensa de Port-Arthur para atajar el avance de sus enemigos, y esta confianza hallábase en cierto modo justificada por los poderosos medios acumulados en aquella plaza y en los fuertes de sus inmediaciones, de los cuales es buena muestra el cañón monstruo

que nuestro grabado reproduce. Port-Arthur, sin embargo, cayó en poder de los japoneses, los cuales se apoderaron poco después de Wei-hai-wei, como sin duda se apoderarán, si la diplomacia europea no lo remedia, de cuantas plazas les convengan hasta ponerse en situación de imponer al Celeste Imperio las más duras condiciones de paz.

MISCELANEA

Bellas Artes. — BERLÍN. — Para la erección del monumento á Helmholtz, el emperador ha hecho un donativo de 10.000 marcos (12.500 pesetas).

ACHAFFENBURGO. — En esa pequeña ciudad de Baviera que apenas cuenta diez mil habitantes, se va á construir una fuente monumental que costará 50.000 pesetas, de las cuales 35.000 las pagará el Estado, del fondo de bellas artes: consistirá en una construcción arquitectónica con figuras alegóricas de las industrias minera y forestal, de la caza y de la pomicultura, de las cuales brotarán varias fuentes; una estatua del rey Luis I, el bienhechor de la ciudad, coronará el monumento, para cuya ejecución se ha convocado un concurso de artistas bávaros.

Teatros. — Ha sido arreglada al alemán con el título de *El rey recluta* la popular zarzuela española *El rey que robó*.

— En París funcionará desde 15 de mayo á 15 de junio en el teatro de la Porte-Saint-Martin una compañía de ópera italiana de la que será empresario el conocido editor milanés Sr. Sonzogno y que pondrá en escena obras de Mascagni, Leoncavallo, Cippolini, Franchetti, Samara, Giordano, van Westerhout y Gnanetti.

— En Milán se ha estrenado con mediano éxito un drama en tres actos de Enrique Ibsen, *El pequeño Eyolf*, que como todos los de este dramaturgo noruego ofrece, más que contrastes de personas ó de caracteres, contrastes de conciencias. Contiene, es cierto, algunos efectos de primer orden que demuestran el genio de su autor, pero al lado de ellos hay nimiedades vulgarísimas y el simbolismo que encierra la obra resulta en muchos puntos tan indescifrable que la obra se hace pesada.

— El marqués de Lorne, yerno de la reina de Inglaterra, ha terminado dos óperas cuyos libretos están tomados de dos leyendas escocesas y que se pondrán en escena próximamente.

— En el teatro Lessing, de Berlín, se ha estrenado la obra de Sardou *Ghismonda*, que ha sido puesta en escena con gran lujo y propiedad y ha logrado un gran éxito.

— En Viena se ha estrenado con muy buen éxito una nueva opereta de Millocker *El beso de prueba*.

Londres. — En el teatro Lyceum se ha estrenado un drama de Mr. Comyns Carr, titulado *King Arthur*, basado en una de las leyendas caballerescas de la Tabla Redonda, que tan admirablemente cantó Tennyson: está escrito en versos libres, tiene situaciones muy poéticas y vigorosas y su acción despierta gran interés. El famoso compositor Arturo Sullivan ha escrito para esta obra algunos números de música muy inspirados y perfectamente subordinados al efecto dramático. El drama, cuyos principales papeles desempeñan el gran actor Irving y la eminente actriz Elena Terry, ha sido puesto en escena con gran lujo y propiedad, habiendo sido pintadas las decoraciones por los reputados escenógrafos Craven y Harker, según los bocetos del célebre pintor Burnes Jones, el cual ha dibujado también los figurines de los trajes.

Necrología.

— Han fallecido: Manuel, conde de Mirafiori, hijo del rey Víctor Manuel y de su esposa morganática la condesa de Mirafiori, distinguido enólogo.

— Roberto Luis Stevenson, novelista inglés, uno de los primeros estilistas ingleses.

Juan Lord, historiador norteamericano.

Raúl Toché, celebrado escritor francés, autor de gran número de vaudevilles y revistas muy aplaudidos en los principales teatros de Francia.

Julian Florian Felix Desprez, arzobispo de Tolosa, decano del Sacro Colegio de cardenales, miembro de las congregaciones de obispos y regulares, del Índice, de los ritos, de las indulgencias y de las reliquias.

Alejandro Brida, pintor de historia francés, muy conocido por sus cuadros bíblicos.

Gustavo Graf, pintor de historia y retratista alemán.

Enrique Rodakowski, reputado retratista y presidente de la Asociación Artística de Cracovia.

Antonio Pablo Wagner, notable escultor vienés, individuo de la Real Academia de Bellas Artes.

José Estremera, celebrado poeta y autor dramático, entre cuyas obras merecen citarse especialmente *San Franco de Sena*, *El hermano Baltasar*, *La zarina*, *Música clásica*, *El ventanillo* y *Noticia fresca*.



¡Oh, gracias!, murmuró cogiendo las manos del padre Bordes

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Sentóse, ajustó sus anteojos, y leyó el contrato desde el principio hasta el fin, con la esperanza de hallar una cláusula cualquiera, una línea que le permitiese reivindicar la cascada u obtener la anulación del contrato; pero no encontró nada.

— ¡Bah!, dijo, no saco nada en claro. ¡Vamos a consultar a los hombres de ley!

Y salió al punto con su contrato debajo del brazo para ir a Aigues-Vives,

Media hora necesitó para bajar la cuesta, y llegado al camino de Pierrefitte, dirigióse a la calle Gambetta y se detuvo delante de la casa del Sr. Balaruc, el juez de paz, el mismo que tanto había perseguido a Jacobita doce días antes en los senderos de Gargos.

El magistrado estaba en su casa, é interrumpiendo la lectura de la *Dépêche de Toulouse* para recibir al padre Bordes, preguntóle con grandes demostraciones de amistad cómo estaban de salud en su casa.

— ¡Muy bien!, contestó el presbítero. Poupotte sigue como siempre, y en cuanto a Toutón está fuerte y sólido como el Pico del Mediodía.

— ¿Y su sobrina de usted?, se aventuró a preguntar el juez.

— ¡Ah! Tengo motivos para creer que está buena; hace ocho días que volvió al convento.

Dicho esto, el eclesiástico abrió su contrato y refirió su percance.

El juez se condeció mucho y aconsejóle que fuera á ver á un abogado.

— No se olvide usted de ofrecer mis respetos á la señorita Marcadieu, añadió, acompañando al cura hasta la puerta.

En la plaza de las Termas, el Sr. Lacrabe, alcalde de Aigues-Vives y antiguo abogado, leía la *Pequeña Gironda*. El cura se acercó á él, pidióle noticias del Parlamento, y notando después que el sol se ocultaba detrás del Gargos, presentó su contrato y refirió el desgraciado incidente.

El Sr. Lacrabe se mostró tan compasivo como Balaruc, y aconsejó al padre que fuera á ver al presidente del Colegio de Abogados de Lourdes, informándose acerca de la salud de la señorita Marcadieu y continuó su lectura de la *Pequeña Gironda*.

El coronel reumático leía también el diario delante del hotel de Inglaterra; pero no debía ser muy fuerte en derecho, y de consiguiente el cura suprimió la lectura del contrato, hablándole tan sólo de lo que le había sucedido.

— ¡No es posible!, exclamó el coronel. Pero... ¡ah! sí, recuerdo haber leído eso en el diario. ¡Por vida de!.. ¡Sí que es una desgracia!.. Y hablando de otra cosa, ¿cómo sigue su sobrina?..

A las siete de la tarde, rendido de cansancio y sin estar más enterado que al mediodía, el padre Bordes remontaba los senderos de Gargos con su contrato debajo del brazo.

— Espero, dijo para sí, tomando un poco de aliento á la mitad de la cuesta, que mañana el presidente no me preguntará por Jacobita.

En efecto, el presidente, á quien el eclesiástico fué á ver al día siguiente, no le habló de la señorita Marcadieu, á quien no había visto nunca; se contentó con leer el contrato y escuchar el relato del atribulado sacerdote.

— Amigo mío, le dijo después de reflexionar un momento, es una desgracia; pero... no se puede hacer nada.

— ¡Es posible!

— Nada se puede hacer si no prueba usted que la cascada se desvió de su lecho natural por mano del hombre. El día en que usted tenga pruebas de ello, puede venir á verme.

Y el presidente rasgó la faja de la *Pequeña Gironda*, que estaba sobre su bufete junto al *Diario de Tolosa*.

Aquella misma tarde, el padre Bordes fué á Tarbes; y un joven abogado que leía el *Figaro* le escuchó con paciencia; mas no le dijo nada bueno sobre la cascada, sirviéndose tan sólo de un juego de palabras que al parecer le satisfacía bastante.

— No veo proceso posible, señor cura. Sin duda su cascada tenía ya edad para emanciparse, y lo ocurrido no es precisamente un secuestro de menores.

— ¡Oh escepticismo del siglo!, se dijo el eclesiástico en la escalera del abogado. Los hombres de hoy día se mofan de las cosas más serias.

El buen cura se sintió desalentado, porque ningún juriconsulto le aconsejaba apelar á los tribunales. ¿Sería tan mala su causa, Señor?

Al otro día, el padre Bordes se remangó resueltamente la sotana, armóse de un bastón herrado y subió al Gargos. Llegado á la gruta de Silverio, y después de dar prudentes rodeos para esquivar los pasos peligrosos, llegó al lecho del antiguo torrente, el pequeño barranco, entonces seco, donde la *Cabellera de Magdalena* lanzaba aún sus hermosas aguas la semana anterior.

— ¡Si fuese una desviación!, pensó. ¡Ah, ah, el Píreneo es un pícaro!

Y siguió el barranco arriba, lo cual fué fácil al principio; pero muy pronto la pendiente comenzó á ser tan empinada como una pared.

— ¡Diantre, un lagarto no se arriesgaría por aquí!, exclamó el padre Bordes limpiándose el sudor.

Se puso los anteojos, y miró con mucha detención la parte superior del barranco.

— No veo más que la boca, murmuró; la vía está libre hasta ese recodo de allá arriba. ¡Procuremos examinar lo que sigue!

El cura retrocedió para escalar la montaña por pendientes más cómodas; pero necesitó tres cuartos de hora para llegar al nivel de lo que él llamaba el recodo.

Cuando al fin estuvo allí, quedóse muy perplejo; púsose otra vez los anteojos, y quiso examinar el resto del canal; mas era una galería muy pendiente que se ocultaba en varios sitios bajo una vegetación enmarañada.

— ¡Señor, exclamó el padre Bordes, nueve gatos no encontrarían ahí una rata blanca!

El repleto tutor de Jacobita vaciló algunos instantes, pues no era socio del Club Alpino; subir á más altura que su púlpito le había causado siempre vérti-

gos; no tenía noción alguna del Pico de Gargos, y hasta aquel día la gruta de Silverio había sido el punto de su más alta ascensión. En su consecuencia, contempló aquel pasadizo con aire desconfiado, y sintió desfallecer su intrepidez.

— ¡Volveré con un guía!, dijo para sí.

En efecto, el día siguiente, acompañado de Couquerot, comenzó á escalar de nuevo la montaña.

Los guías conocían bastante bien el pico de Gargos, por tener con frecuencia oportunidad de conducir allí á los viajeros; pero nunca se habían ingeniado para remontar el torrente de Pichemule, que formaba la antigua cascada del cura, porque nada les atraía hacia aquellos parajes, ni siquiera la esperanza de robar leña.

El guía Couquerot, armado de su hacha, provisto de su cinturón y de una cuerda, condujo al padre Bordes á lo largo del antiguo torrente. Todo fué bien durante media hora; pero llegados á la famosa galería, Couquerot se detuvo.

— Señor cura, dijo, no creo que podamos continuar sin un poco de cuerda.

— Pues bien: estoy á su disposición, contestó el sacerdote con valor.

El guía anudó la cuerda bajo los brazos de su cliente.

— Cójase usted bien á la cuerda con la mano izquierda, le dijo; apóyese en el palo con la derecha y no se mueva.

Dados estos consejos, Couquerot cogió la extremidad libre de la cuerda y subió delante; después, cuando aquélla estuvo muy tirante, anudóla con fuerza á una raíz de boj.

— Ahora, dijo al eclesiástico, venga usted hacia mí, sin temer nada, porque no hay ningún peligro.

El guía tiró hacia sí de la cuerda y subió á su hombre como si fuese un cubo de agua; la operación salió bien, y el cura ascendió hasta el boj; pero temblaba un poco.

— ¿Y se ha de recorrer mucho camino así, Couquerot?

— No lo creo, señor cura. ¡Valor..., algunas brazadas más!

Pero el eclesiástico perdió pie de pronto, al querer enjugarse la frente.

— ¡Ah, Señor!, exclamó.

Su guía le vió rodar hasta la extremidad de la cuerda; mas por fortuna, aún estaba sujeta en la raíz. El cura, suspendido por los sobacos, dió dos ó tres vueltas en el vacío.

— ¡Basta ya, gritó, se me ha caído el sombrero! ¡Basta!.. ¡Condúzcame usted otra vez al presbiterio!.. ¡Canario, traerme á mí á semejantes sitios!

— ¡Pero, señor cura, no he hecho más que obedecer!

— ¡Basta, le digo que quiero volver á casa!..

— Ya hemos pasado lo más difícil...

— ¡Me importa un bledo!.. ¡No tengo ganas de romperse la crisma!

Fué necesario volver á bajar al eclesiástico con el cinturón y la cuerda.

— ¡Ah, Señor, exclamó el buen hombre, temblando como un junco, he creído llegada mi última hora! ¡Si al menos hubiera traído un frasco de coñac para recobrar fuerzas!

Descansó algunos minutos, y después dirigióse lentamente á Gargos, murmurando:

— ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Desde aquel día renunció á la hipótesis de la desviación.

— Aunque fuese verdad, pensó, yo no podría probarlo, pues se tiene el testimonio de Augusto y de otras muchas personas que han visto un alud detenerse á las siete menos cinco. Para todo el mundo, eso es lo que ha desviado la cascada, y la prensa lo ha confirmado.

Sin embargo, muy penoso era para él renunciar á la *Cabellera de Magdalena*, y no podía resignarse á su nueva situación. Por eso meditó de nuevo y volvió á leer una vez más el contrato de venta á Francisco Montguille, con la esperanza de hallar alguna falta de forma.

— Las parcelas que yo le cedí, se dijo, llevan los números 318 y 319 de la matriz catastral. ¡Si se hubiese cometido algún error por casualidad! ¡Si se hubieran copiado mal los números! Montguille no sería entonces propietario del barranco que ocupa, y como no hay prescripción, el contrato quedaría nulo.

Esta idea quimérica le hizo recobrar algún valor; y marchó á Aigues-Vives para rebuscar en el plano catastral de Gargos, cuyas hojas miró con emoción.

Pero las parcelas vendidas estaban marcadas, en efecto, con los números 318 y 319; de modo que no había error, y hasta en un plano del pueblo que databa de 1712, el cura hizo un descubrimiento que le angustió. En dicho plano figuraba al Sud de la igle-

sia una línea azul que iba á reunirse con el arroyo de Ribenac y que tenía la indicación siguiente: «Torrente de Pichemule.»

— ¡Cómo!, exclamó el cura. ¿Conque la *Cabellera de Magdalena* estaba al otro lado de la iglesia y no pasaba por delante del presbiterio?.. ¡Pues entonces el viejo Cojola tenía razón! Al cambiar de sitio la cascada no ha hecho más que volver á su antiguo lecho... ¡Ah, Señor, toda esperanza se pierde así!

El sacerdote debió creer entonces forzosamente en el alud de las siete menos cinco. ¡Condenado Gargos, cómo se divertía llevando su torrente tan pronto á la izquierda como á la derecha! Esto recordó al sacerdote las fechorías de un alud histórico que en 1630 había recorrido el valle de Heas, haciendo cosas más extraordinarias aún. Había obstruido el curso del Gave, transformando el valle en un inmenso lago que duró siglo y medio.

— ¡Ah, malditos aludes!, exclamó; pero corrigióse al punto añadiendo:

— No hablemos demasiado mal de ellos, porque pueden repararlo todo; si uno me despojó de mi cascada, tal vez me la devuelva otro.

Y ya no vivió más que con esta esperanza.

— ¡Bah, se dijo, aún no se ha derretido toda la nieve; todavía puede caer alguna cosa de allá arriba!

Pero este optimismo no era muy fundado, pues el alud reparador no se daba prisa en llegar.

Entonces, para hacerlo venir apeló á Dios. El 19 de mayo, fiesta de la Ascensión, celebró la misa en Gargos, con el quitasol, porque los rayos del astro rey picaban de firme; y con este motivo se comprometió, puesta la mano sobre el Evangelio, á consagrar á la reedificación de la iglesia la mitad de los ingresos que produjese la *Cabellera de Magdalena*, si volvía á tomar el camino del presbiterio.

Prestó este juramento con todo el fervor y la sinceridad de su alma.

— ¡Señor, pensaba el padre Bordes, habéis querido castigar mi egoísmo y mi codicia; bendita sea vuestra mano, y permitidme reparar mis faltas!

Después de la misa fué á ver con su cocinera la nueva cascada.

— ¿No te parece, Poupotte, que disminuye?, preguntó.

— ¡Nada de eso, señor cura!

— ¡Sí, sí, disminuye, no lo dudes!.. Me parece enferma... ¡Mira su caída! No lleva tanta agua desde hace algunos días.

— ¿Lo cree usted así?

— ¡Ciertamente, sí, eso salta á la vista!

Así diciendo, se retiró: estaba impaciente por ver de nuevo en su jardín la pared desnuda y goteando siempre donde antes caía la *Cabellera de Magdalena*.

— ¡Mira, Poupotte, exclamó, mi cascada vuelve á venir!

— ¡Ah, santos ángeles! ¿Cómo puede usted decir eso?

— ¡Toma, muy naturalmente! El granito está mucho más húmedo hoy, y veo caer las gotas en mayor número. Basta mirar con ojos imparciales. Si el progreso continúa, de aquí á quince días la *Cabellera de Magdalena* volverá á correr.

— ¡Pobre amo mío!, exclamó la cocinera. ¿Se volverá usted al fin loco?

— ¡Vamos, ya vuelven á manifestarse tus sentimientos!, exclamó el cura. ¡Bien lo adiviné al punto! ¡Ah! A ti te daría pena que mi cascada volviese!.. ¿eh?

— ¿Qué ha dicho usted, señor cura?, replicó la cocinera. ¿Cómo se atreve á tratar así á una pobre mujer que le sirve hace ya veinticinco años y que se dejaría matar por usted?

La cocinera gimoteó y su estado de ánimo fué causa de que se cortase la mayonesa del almuerzo; sin duda en su turbación le había dado vueltas de derecha á izquierda en vez de hacerlo al contrario.

— ¡Tanto peor para usted!, dijo con enojo, poniendo la salsera sobre la mesa.

Entonces el cura reconoció que había sido injusto, y antes de tomar el café rogó á su criada que le dispusese.

— No te enfades por eso, Poupotte, dijo. ¡La desgracia nos hace injustos! Ese alud ha sido para mí un golpe terrible; y no se resigna uno á perder de la noche á la mañana una renta de dos mil francos, cuando no se tiene más riqueza que la mía. La cascada era mi principal recurso, como sabes muy bien; me ayudaba á constituir el dote de mi sobrina, permitiéndome además ir á pasar dos semanas todos los años á orillas del mar, y gracias á ella érame dado recibir dignamente á su ilustrísima el obispo de Tarbes cuando tenía á bien honrarme con una visita. Ahora, si Dios no me llama á sí, podré vivir aún, porque me queda la *quinta Magdalena* de Argelez, y el *Restaurant de la Paz* de Aigues-Vives; pero ¿qué es eso? ¡Un capital de veinticinco á treinta mil fran-

cos cuando más, y eso no es para vivir holgadamente! En adelante suprimirás el plato de legumbres de la comida, Poupotte, y para el almuerzo no me pongas ya tostadas con manteca.

Estas palabras angustiaban el corazón de la cocinera, que echó a llorar tapándose los ojos con el delantal; y al verlo, los del cura se humedecieron también.

Por la noche hizo mucho viento; varias veces el tutor de Jacobita miró hacia su jardín, y parecía oír el ruido de la cascada que volvía; pero no era más que el temporal que agitaba los árboles. Aquel rumor engañoso no le dejó dormir en toda la noche.

Al otro día de la Ascensión llovió á mares, y el lecho del antiguo torrente se llenó de agua.

— ¡Ya vuelve la cascada, Poupotte, exclamó el cura, transportado de júbilo; esta vez sí que vuelve! Pero era una falsa alegría, porque después de cada tormenta no se veía ya cascada.

Entonces el sacerdote se afectó más y más; la indiferencia del cielo para con él le impresionó mucho; y preguntóse por qué no se atendía á su ruego. Experimentaba cierta amargura al hojear su breviario, y ya no celebró la misa con el fervor de antes.

— ¿Llegará á ser un mal sacerdote?, se preguntó, examinando el fondo de su conciencia.

Una tarde vió en la montaña una mujer vieja; era Poutonne la Barbuda, una campesina más fea que los siete pecados capitales, que pasaba por hechicera en el país. En aquel momento se paseaba á orillas del antiguo torrente, en el sitio mismo donde la *Cabellera de Magdalena* caía antes con tanto estrépito.

— ¿Qué hará allí?, se preguntó el padre Bordes. ¡En ese sitio no hay nada que robar!

Y singulares ideas cruzaron por su mente.

Al otro día vió también á Laroque en la montaña, á quien muchos suponían en pacto con el diablo.

— ¿Y por qué ronda también por allí ese hombre?, volvióse á preguntar el sacerdote, pasándose la mano por la frente. A decir verdad, continuó, estoy muy lejos de creer en todas esas necedades; pero en fin, no hay humo sin fuego. *Vox populi, vox Dei*. Puesto que el pueblo cree en los hechiceros y en los duendes...

El tutor de Jacobita temía concluir: pensaba en los recientes descubrimientos de los doctores, en los fenómenos extraños observados en los hospitales, en los poseídos de Londun, en los fakires de la India, y en todos los misterios de otro tiempo y de hoy.

— ¡Si fuera verdad, sin embargo!, murmuró.

Y veía pasar ante sus ojos las figuras de Poutonne la Barbuda y de Laroque el contrabandista.

La superstición de sus antepasados, cuyos gérmenes latentes perturbaban su cerebro, quería florecer en él con motivo de aquella cascada perdida; y como todos sus desgraciados compatriotas, que en vano han apelado á la ciencia de los hombres y á la omnipotencia de Dios, pensaba en volverse hacia el diablo. Sus estudios no habían servido de nada. ¿No conocía abogados, letrados y médicos que al envejecer se hacían tan supersticiosos como sus ancianas nodrizas?

— ¡Las hechiceras!, se decía el padre Bordes. ¡De ellas nos habla la Biblia!.. Si fuera una de esas hijas del demonio la que me ha robado mi cascada... ¿Pero cuál? ¡Ah, si yo la cogiese entre mis manos!

El padre Bordes recordó entonces varias leyendas locales.

Se cree en aquel país que el sacerdote que se olvida de cerrar su misal, una vez terminado el oficio divino, obliga á todos los afiliados del diablo á permanecer en la iglesia. El día de la Pascua de Pentecostés, el padre Bordes ofició en Aigues-Vives, y todo el pueblo de Gargos estaba allí. Fingiendo una distracción, el sacerdote dejó su misal abierto, y un cuarto de hora después todos los asistentes se habían ido. ¡Ni siquiera quedaba allí Poutonne la Barbuda!

Entonces el sacerdote apeló á otro medio muy empleado en la región, que consiste en poner en la pila del agua bendita una cáscara de haba con nueve guisantes pequeños: las hechiceras desde el momento que la ven no pueden, según se asegura, retirar su mano del agua bendita.

El padre Bordes buscó los guisantes pequeños, que se vendían muy caros, al decir de Poupotte, y se proporcionó también dos cáscaras de haba con las condiciones requeridas. Colocó la una en la pila de agua bendita de Aigues-Vives y la otra en la de Gargos; mas el procedimiento no surtió efecto alguno.

El sacerdote, muy desconsolado, pensó entonces en consultar á Roumigas; mas pronto desechó esta tentación.

— ¡Sería estúpido!, pensó. Yo, eclesiástico, no debo aparentar que creo en tales cosas. ¿Qué se diría en el país? Todos mis feligreses deben recordar aún cierto sermón en que combatí enérgicamente á los «explo-

tadores de la credulidad pública...» ¡No, de ningún modo debo ir á consultar á Roumigas!

Sin embargo, los días pasaban; tres semanas habían transcurrido desde la fiesta de San Antonino, y la cascada caía aún en el dominio de Silverio. El tutor de Jacobita comenzó á enflaquecer; había perdido el apetito; su sueño era agitado; pasaba la mitad del tiempo en las rocas de su antigua cascada, y sobrecoigale ya una espantosa melancolía. Su jardín le pareció vacío; su casa era triste como un sepulcro, y sus praderas, menos bañadas, perdían poco á poco sus verdes y brillantes matices. ¡El alma de las cosas se había desvanecido!

Una mañana, cediendo á su nostalgia, fué pasito á paso, como un viejo, á ver la cascada nueva.

— ¡Ah! Es en realidad imponente, se decía, y Silverio es muy feliz. ¡Qué agradable ruido, qué blanca espuma! ¡Qué hermoso arco iris forma! ¡Parece un cinturón de seda que ciñe el talle de una joven!

Los ojos del padre Bordes brillaban ante aquel espectáculo.

— Y bien, Silverio, dijo al montañés, ¿sigues tan contento?

— ¡Ya lo creo, señor cura!

Ya no se dirigían palabras rencorosas; saludábanse con afabilidad como todas las personas del pueblo, y su voz dulcificada parecía indicar un deseo de conciliación.

El sacerdote examinó las inmediaciones de la cascada, que estaban completamente cambiadas; Silverio había resuelto rodear su terreno de una cerca, y varios trabajadores levantaban un muro á lo largo del camino, mientras que otros demolían la casuca apoyada en la roca, es decir, la cabaña en la que el guía sólo habitaba hasta después del paso de los aludes. Por último, el carpintero construía un puentecillo de madera sobre un canal profundo, por donde el agua de la cascada corría hacia el arroyo.

— ¡Oh, Silverio, cómo vas á embellecer todo el barrio de la iglesia!, exclamó el sacerdote.

— ¡Así lo espero, señor!

— ¿Qué quieres poner allá abajo, en lugar de tu cabaña?

— Una casita para que los extranjeros puedan beber leche, jarabes ó licores.

— ¡Excelente idea! Si yo hubiera hecho eso en el presbiterio, habría acumulado una fortuna; pero ya comprenderás que un sacerdote no es tan libre como un laico. ¿Y sin duda tendrás una vaca?

— Dos, señor cura, y además algunas ovejas; mi padre me dejará una parte de su rebaño.

— ¡Necesitarás mucho dinero para eso!

— Ya me prestan; ahora tengo crédito, y hasta me ofrecen más de lo que pido.

— No me extraña eso, Silverio, porque eres un muchacho formal é inteligente; pero permíteme que te haga una observación. Me parece que tu terreno está mal situado, y si levantas construcciones, los aludes será fácil que las arrasen durante la primavera.

— Bien lo sé, y por eso he dispuesto que las construcciones no tengan importancia: una simple azotea bastará para los consumidores, y en cuanto á las vacas y á las ovejas, las acomodaremos en cualquier parte, en una casa del pueblo.

— Si tuvieses aquel espacio de terreno de allá abajo, á la derecha de la cascada, podrías edificar maravillas. ¡Qué hermosa situación ahora! Desde allí se vería la cascada á los pies, estando al mismo tiempo al albrigo de los aludes, y se podría recrear la vista en un magnífico panorama sobre el valle de Aigues-Vives.

— ¡Bien lo sé!, contestó Silverio; pero el terreno pertenece á usted, señor cura.

— En efecto.

— Y yo no he osado...

— ¿Qué?

— No he osado rogar á usted que me le venda.

El sacerdote no dijo nada; miró al suelo un instante; sacó su tabaquera incrustada de nácar, y cerrándola después con un golpe seco de sus falanges, repuso:

— Ya hablaremos de eso, Silverio. Es un asunto que exige reflexión.

Daban las once, y el padre Bordes se alejó; fuése á su casa y almorzó con el mejor apetito.

Poupotte no pudo contener su asombro.

— ¡Ah, señor cura!, exclamó, que contentillo está usted esta mañana.

— He aspirado el aire de la cascada, hija mía, y esto me hace mucho bien. ¡Qué quieres hacerle! Yo estaba acostumbrado á su frescura desde hace treinta y cinco años, y como me había faltado estos días, no me encontraba bien.

Después de almorzar, el sacerdote visitó otra vez á Silverio; examinó con ojo complaciente el trabajo de los albañiles, y habló varias veces con los carpinte-

ros. Cuando el montañés le vió, apresuróse á llevarle una banqueta.

— No has hecho mal, dijo el padre Bordes, porque tengo las piernas quebrantadas.

Así diciendo, el sacerdote fué á colocarse en el prado, á diez metros de la cascada.

— ¡Qué bien se está aquí!, dijo levantándose la sotana para ponerla sobre la rodilla.

Morrudo pacía á pocos pasos.

— ¡Ah, ah, he ahí nuestro malhechor!, exclamó el padre Bordes. ¡Cómo ha engordado! ¡Hermoso animal! ¡Se conoce que mis rábanos le han sentado bien!

El buen sacerdote parecía olvidar sus antiguos rencores; sonreía á las personas y á los animales y á todas las cosas que le rodeaban.

Y de vez en cuando miraba á Silverio Montguillem fijamente.

— Muchacho activo, decía, económico y de porvenir. ¡Se hará rico!

El padre Bordes observaba además una transformación completa en el traje del montañés: Silverio no llevaba ya su ropa de pastor; calzaba zapatos nuevos, se había puesto corbata de seda, y la camisa era muy fina: poco á poco adquiría la elegancia del mismo Gastón Roumigas.

Maquinalmente, el sacerdote hacía comparaciones entre los dos mancebos.

— Gastón, decía, tiene modales más finos; pero en Silverio hay una expresión más franca. ¡Bah! No es difícil explicarse la inclinación de Jacobita.

El padre Bordes se concentró en sus reflexiones, y extrañas ideas se desarrollaron lentamente en su cerebro. ¡Oh, qué agradables eran! Se parecían un poco á esos serpientes sonrosados, blancos, amarillos, azules y de todos colores, que había visto arrojar en la playa de Biarritz cierto día de fiesta, y trazaban en él caprichosos arabescos, espirales brillantes, que se movían suavemente al fresco soplo de la cascada vecina.

— Bien mirado, pensaba, si yo hubiese otorgado la mano de Jacobita á ese muchacho, no habría perdido nada el día de San Antonino. La *Cabellera de Magdalena* hubiera cambiado de lugar, mas no de propietario; sería de mi sobrina y de su esposo, en fin, de mi familia, si no de mi pertenencia, y los tres tendríamos el recreo y también los beneficios. Ahora yo podría mandar construir un pequeño taller junto á la cascada, y trasladar aquí mi torno sin gastos, ese torno que me ha costado tres mil francos, y del que ya no me serviré nunca por falta de motor hidráulico... ¡Ah! ¡Qué gran locura!

El padre Bordes se levantaba de vez en cuando bajo un impulso repentino, muy semejante á un remordimiento, é iba á hablar con los trabajadores de Silverio, cuyas operaciones vigilaba, atreviéndose á emitir su parecer, á veces como si hubiera sido el verdadero propietario. El joven guía le dejaba hacer, tomando nota de sus observaciones.

De repente, después de pasear un momento, el sacerdote se volvió hacia Silverio.

— ¿Y bien, preguntóle, no pensamos ya más en ese proyecto de construcción allá abajo?

— ¡Ya lo creo, y más que nunca! Si usted consiente en cederme el terreno, se comenzarán las obras al punto, pues ya tengo hecho el plano.

— Veámosle.

El padre Bordes se coló sus anteojos, tomó el plano, estudiólo con detención, aprobó ciertas partes, criticando bastante otras, y resumió su impresión diciendo:

— Seguramente está bien, muy bien; pero me parece un poco mezquino. Yo sueño aquí algo grandioso, magnífico... Déjame el plano para examinarle esta noche en casa, y aun mejor será que vengas á comer conmigo y le estudiaremos juntos. ¿Te conviene mi proposición?

— Con mucho gusto, señor cura.

— ¡Pues ya estamos entendidos!.. A las siete en punto, si te parece bien. ¡Hasta luego!

Y aquella tarde Silverio fué á comer á casa del padre Bordes.

La cocinera no volvía en sí de su asombro.

— ¡Santos ángeles, exclamó, quién hubiera creído esto! ¡Silverio en nuestra casa!

El sacerdote y su convidado tuvieron gran apetito.

Después de comer, el padre Bordes desarrolló el plano sobre la mesa é inclinóse sobre él, tomando su café á sorbitos.

— Aquí ponemos la azotea para los concurrentes; allí las cuadras y la habitación del guarda... se necesitará un guarda con librea azul..., y por último, en este espacio, la casa principal con un parque; bastará que tenga dos pisos, y mirador para disfrutar de la vista del burgo de Aigues-Vives.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

INVESTIGACIONES PREHISTÓRICAS EN GALICIA (1)

II

De todos los descubrimientos que hemos realizado en nuestras exploraciones prehistóricas, uno de los que reputamos de más importancia es el de dos magníficos *cromlechs* que hallamos en la notable esta-



Fig. 1. - Cromlech de Puentes de García Rodríguez

ción de Puentes de García Rodríguez. Y conste que les aplicamos este nombre, que tanto llevan equivocado los arqueólogos, ateniéndonos estrictamente á su etimología y á la acepción que da á esta palabra el sabio Mortillet, el cual dice que «los verdaderos cromlechs son cercos formados por piedras fijas en tierra. Y digo piedras, más bien que menhirs, porque en la mayor parte de los cromlechs el volumen de las piedras que constituyen el cierre ó cerco es relativamente pequeño.»

Los *cromlechs* de Puentes están emplazados en una loma que domina una gran planicie que riega el Eume y varios de sus afluentes, asiento indudable de una población lacustre, mediando entre uno y otro unos 200 metros y teniendo en torno cuatro magníficas *mámoas* dolménicas. Los dos son enteramente iguales; pero el mayor, que nuestro grabado reproduce, tiene el diámetro del célebre de Gellaimille, cerca de Chartres - 21 metros, - mientras que el otro sólo alcanza á unos 10 escasos.

Con especialidad el principal de estos *cromlechs*, la naturaleza de cuyos materiales le hacen aparecer de nívea blancura, destacándose notablemente sobre la verde vegetación que alfombra el monte, es magnífico por todos conceptos, y á la vista de tal monumento, que elocuentemente nos habla de las primeras manifestaciones de esa grandiosa arquitectura que produjo más tarde maravillas que al alma cautivan, nuestro espíritu se transporta en verdadero éxtasis á las épocas en que nuestros aborígenes lo erigieron, y juzga de la importancia moral que en aquel entonces revestiría. Verdad es que no alcanza las proporciones

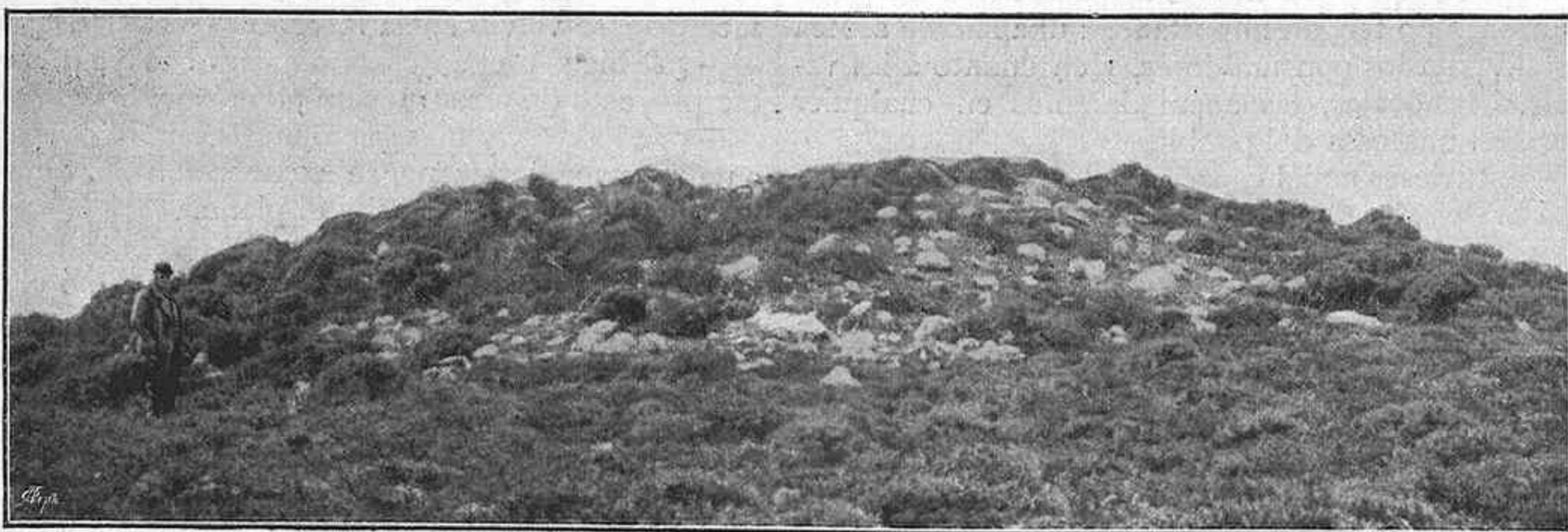


Fig. 2. - Cairn ó gals-gals

de muchos otros de Inglaterra, Dinamarca y Escandinavia y aun de algunos de los de Francia; pero en cambio tiene tales caracteres de originalidad y perfección, que cual el Stonchenge de Salisbury, aunque no tan notable, constituye casi un caso excepcional en el campo de la arqueología prehistórica.

Tiene éste forma circular, que suele ser la más común en tal clase de monumentos, y está tan perfectamente descrita, que no cabe dudar de que á su trazado no fué ajeno el compás en estado embrionario; y su lado lo constituye un pretil de unos 60 centímetros de alto, formado por grandes y groseros cantos de cuarzo blanco sin labrar - que abunda mucho en aquellos parajes, - muy clavados en el pavimento y dispuestos en dos hiladas paralelas sin dejar entre sí hueco alguno. Al SE., cuatro *menhirs* de relativa

perfección, que del suelo sobresalen un metro, flanquean la espaciosa entrada del *cromlech*, cual si fuesen los eternos guardianes de este que para nuestros primeros ascendientes ha sido sagrado recinto, tanto en el caso de que le consideremos monumento conmemorativo, cuanto que tuviese un objeto político ó religioso.

Refiriéndose á los *cromlechs* en general, dicen Vilanova y Rada y Delgado en su *Geología y protohistoria ibéricas* que son monumentos megalíticos funerarios, y Fergusson cree también que este carácter

revisten los que no exceden de 30 metros de diámetro, pues los mayores supone que conmemoran batallas libradas en el lugar en que éstos existen. Pero á la vista del *cromlech* que nos ocupa, instintivamente se adquiere el convencimiento de que no sirvió como elemento decorativo ó simbólico de algún túmulo, como generalmente sucede con los de las islas británicas, de Suecia y de muchas otras regiones de Eu-

ropa y también de Africa; y que cual los *cromlechs* y demás monumentos prehistóricos de Moytura, en Irlanda, no tienen éstos un objeto conmemorativo, también puede juzgarse sin gran temor de equivocación.

Nosotros, por las especiales circunstancias que en éste concurren, creemos que se trata de un monumento requerido por las necesidades inherentes á la organización social de las gentes que lo construyeron:

quizá fuese un templo, pues que tiene los mismos caracteres que el que á Júpiter consagraron los arcadios de la época legendaria en el monte Liceo; quizá sirviese de lugar para celebrar las asambleas políticas, según sucedió también en tiempos de los griegos homéricos con la Agora de Micenas, que era muy parecida á este *cromlech*; ó presumible es que, cual el santuario de Delphos y aun algunas catedrales del primer período gótico, tuviese los dos objetos á la vez.

Según la opinión de nuestros excelentes amigos los distinguidos arqueólogos gallegos Murguía y Saralegui, el druidismo existió en nuestra región, con la cual están conformes otros autorizados historiógrafos. «Los templos de los druidas - dice un escritor - eran una especie de anfiteatro ó arena circular á descubierto, y formada de pilastras compuestas de piedras sin labrar, tales como salían de la cantera;» y esto concuerda perfectamente con los caracteres que re-

viste nuestro *cromlech*; y para mayor abundamiento, éste se halla situado en un lugar circundado por grandes bosques de robles que, cual la encina, tenía la aquella religión por cosa sagrada, y eran, por lo tanto, de gran significación para el culto.

Por las dichas razones, presumimos que el monumento de que tratamos era donde aquellos venerables sacerdotes, por antonomasia llamados *espíritus del bosque*, se reunían para arreglar las cuestiones concernientes á su jurisdicción ó para verificar los sacrificios á la misteriosa luz de la luna, mientras en torno la multitud lanzaba los característicos *aturuxos* de nuestros poéticos campos, opinión que hasta cierto punto consolida más la tradición que en el país corre unida á este monumento. Y quizá aquel lugar, de tantos recuerdos prehistóricos rodeado, fuese en los primitivos tiempos el centro religioso del NO. de mi país, cual Chartres lo ha sido de las Galias, según César.

Las *mámoas* que hay en torno de estos *cromlechs* son notables por su mayor tamaño y por los magníficos *dólmenes* que encierran, en los que aparecieron un dije de bronce y la deteriorada hacha neolítica de que damos una reproducción; además, la que ocupa el espacio que media entre los dos citados monumentos participa en algo de la condición de *gals-gals*, pues tiene un grueso y uniforme revestimiento de cantos rodados, como el célebre túmulo de Tumiac (Francia.)

Creemos nosotros que no sea aventurado el relacionar directamente estas *mámoas* con los *cromlechs* y aun en el terreno de las conjeturas, suponerlas depositarias de los restos de personajes que en aquellos

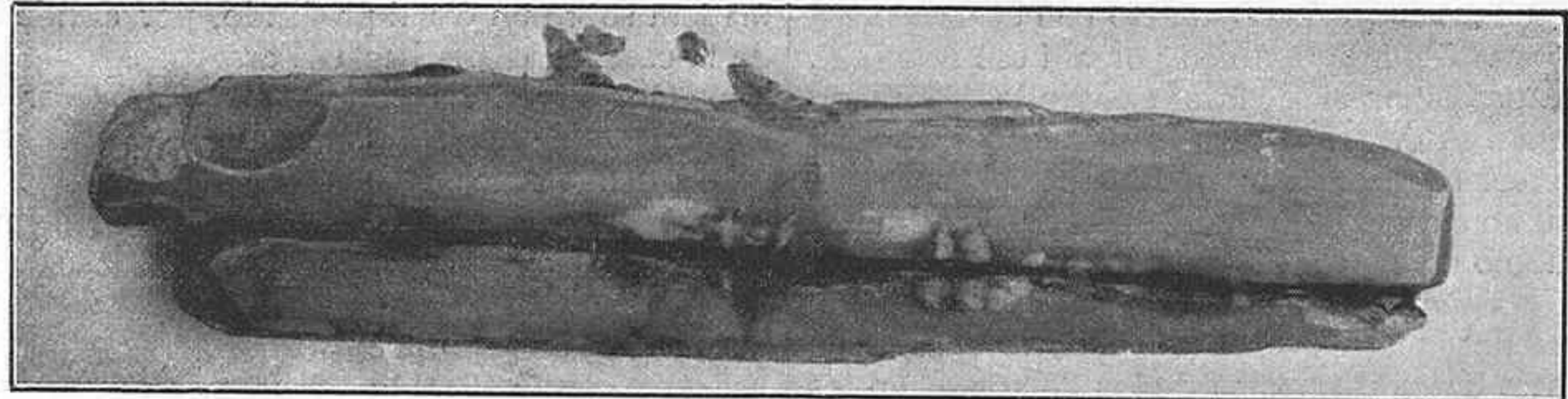


Fig. 3. - Hacha de piedra del período neolítico

templos ó *forums* hubiesen desempeñado principal papel. Y estas mismas consideraciones hacemoslas extensivas al magnífico *cairn*, que reproducimos, que algunos metros más arriba destaca su perfil en el horizonte y de cuya cámara tumular se exhumaron un precioso torque y un magnífico puñal de bronce.

Si tanta relativa atención hemos prestado á este ó á estos monumentos que descubrimos, es por tratarse de un caso excepcional en Galicia, pues el *cromlech* del monte Las Fachas (Mondoñedo), investigado por el sabio arqueólogo Villamil y Castro, sólo tiene 2'50 X 2'90 metros de diámetro, y el de Corzán (Coruña), dos únicos de que hay noticia entre nosotros, que estudió el ilustre Murguía, aunque más notable que el anterior, no reviste por ningún concepto la importancia que el que tratamos. Este creemos que por todas las circunstancias que en él concurren, figurará como uno de los más interesantes monumentos prehistóricos megalíticos de nuestra región y aun de España, donde se carece de construcciones de este género, cual sucede en todo el centro y Sur del territorio europeo.

FEDERICO MACIÑEIRA Y PARDO,
Cronista de Ortigueira

**

TRANVÍA AÉREO EN GIBRALTAR

Comprendiendo la utilidad del sistema de tranvías aéreos, que desde hace mucho tiempo se emplea para fines industriales, se han hecho recientemente varias aplicaciones de él para el transporte de viajeros. En el número 654 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos de un tranvía de este género establecido cerca de Knoxville, en el estado de Tennessee; hoy diremos algo de otro análogo hace poco instalado en Gibraltar, en donde presta grandes servicios, para poner en comunicación el vigía, situado en la cumbre de la colina del centro del peñón, á una altura de unos 380 metros, con el extremo Sur de la ciudad que se extiende al pie de aquella eminencia.

Para llegar á aquel punto hacía antes preciso verificar una ascensión tan larga como penosa, y sin embargo no era posible pensar en el establecimiento

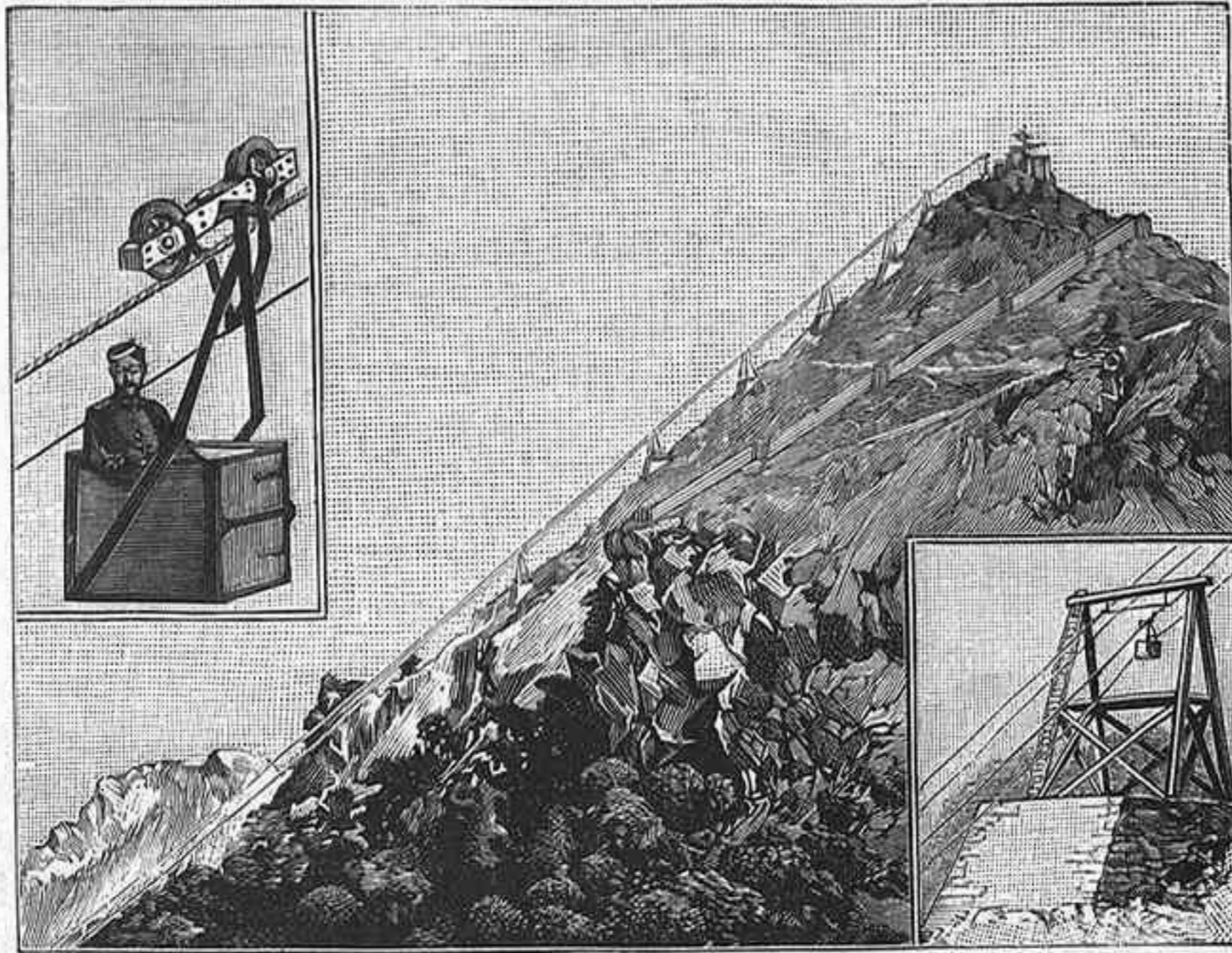
(1) Véase el núm. 684.

de una vía férrea ordinaria, que habría resultado excesivamente cara, dado el escaso tráfico que en ella habría habido.

Los tranvías aéreos, es decir, suspendidos por medio de un cable, permitieron dar al problema una solución práctica y económica. Como representa nuestro grabado, el vehículo, que no es sino un sencillo cajón ó banasta que sólo puede contener una persona, se desliza por un cable y es arrastrado por otro colocado debajo del primero, según puede verse en el cartucho que aparece en la parte superior del dibujo. La longitud del cable es de 300 metros desde la estación inferior hasta el flanco de la colina.

En el trayecto de la ascensión el cable está sostenido por caballetes, que se ven en nuestro grabado y que en mayor escala están reproducidos en el cartucho inferior del mismo.

Esta línea se utiliza á la vez para el transporte de personas y para el de mercancías. En México funciona también una línea de



TRANVÍA AÉREO EN GIBRALTAR

este género que atraviesa abismos de algunos centenares de metros de profundidad, que sólo á fuerza de gastos muy cuantiosos y de vencer grandes dificultades técnicas hubieran podido salvarse por medio de puentes. El tranvía aéreo, poco costoso y de fácil instalación, ha resuelto el problema. En aquel tranvía el vagón, capaz únicamente para dos viajeros, consiste en una simple plataforma; de suerte que para las personas que padecen del vértigo no es muy agradable la travesía. A pesar de ello, la línea es, según parece, muy frecuentada, y son muchos los que hacen el viaje por simple placer.

El inventor del tranvía aéreo de Knoxville, Mr. J. B. Gagnier, propone construir uno análogo para atravesar la catarata del Niágara: los cables estarían tendidos sobre el mismo salto de las aguas, y de esta suerte podría disfrutarse, de una manera incomparable, de tan maravilloso espectáculo.

(De La Nature)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE 5^{ta} BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 en Paris
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEPÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOGES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso
 PARIS - 84 - DENIS - 16

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores
 Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base
 de goma y de abadoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
 contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECOHO y de los INTESTINOS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y C^{ia}, P^{os}, 102, R. Richelieu, Paris.

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta,
 Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la
 Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
 ción que produce el Tabaco, y especialmente á
 los Sñrs. PREDICADORES, ABOGADOS,
 PROFESORES y CANTORES para facilitar la
 emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL APIOL
 DE LOS DOCTORES
JORET y HOMOLLE
 REGULARIZA LAS
EPOCAS.
 IMPIDE
 LOS DOLORES,
 RETRASOS, SUPRESIONES, &c.
 Dosis: una ó dos capsulas mañana y tarde.
 FRASCO 0.60. TODAS FARMACIAS.
 PARA EVITAR LA FALTA DE EXITO, EXIJA EL APIOL DE LOS S^ñrs. JORET y HOMOLLE.
 MEDALLA de ORO, Exposición de ANVERS 1894.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a 114, Rue de Provence, en PARIS
 en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

VERDADEROS GRANOS
 DE SALUD DEL D^r FRANCK
 Estreñimiento,
 Jaqueca,
 Malestar, Pesadez gástrica,
 Congestionen
 curados ó prevenidos.
 (Rotulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la
 entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite
 dirigiéndose á los S^{res}. Montaner y Simón, editores

ENFERMEDADES
 DEL
ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
 riosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
 regularizan las Funciones del Estómago y
 de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ELIXIR DE PROTOCLORURO
 DE HIERRO
 CON HIPOFOSFITOS
VIVAS PEREZ

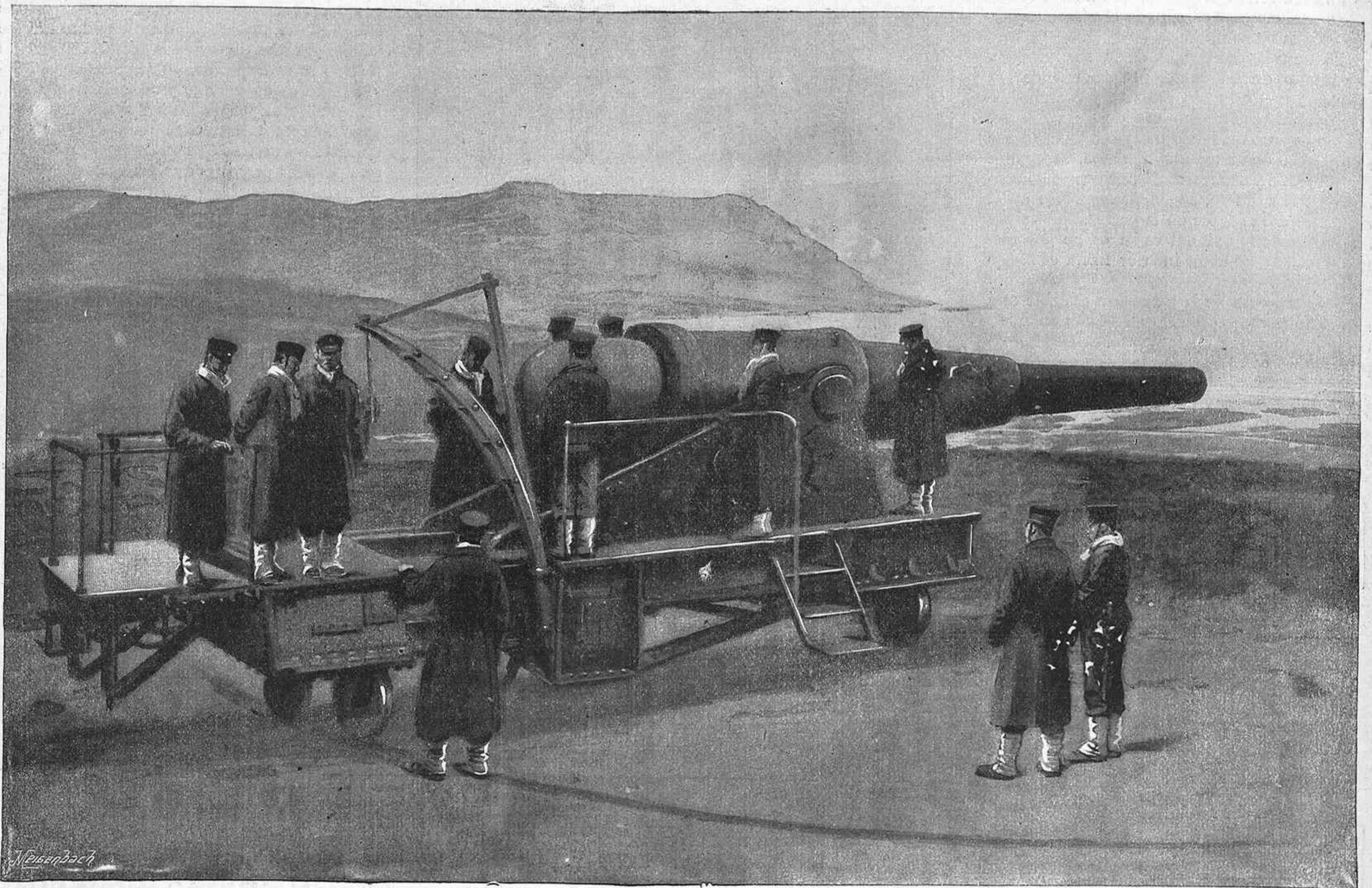
La medicación más poderosa que puede emplearse en la curación de las afecciones CLORÓTICAS, ESCROFULOSAS y TUBERCULOSAS (colores pálidos, tumores fríos, menstruaciones difíciles, pérdidas blancas) ANEMIA. El mejor fortificante para los temperamentos linfáticos, débiles y empobrecidos.

De venta en todas las farmacias del mundo.
 Depósito general: Almería, Farmacia de VIVAS PEREZ

Pildoras y Jarabe
 DE
BLANCARD
 Con Ioduro de Hierro inalterable.
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.
 Exigase la Firma y el Sello de Garantía. — Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion **BLANCARD**
 y
Comprimidos
 de Exalgina
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJA SE el nombre y la firma **AROUD**



Guerra chino-japonesa. - Los japoneses transportando un cañón del fuerte chino de Ta-lien-Wang, después de la toma de Port-Arthur

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hydropsias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmacutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto por Ch. Fay, perfumista 9, Rue de la Paix, PARIS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IME, DE MONTANER Y SIMÓN